

**RÓMULO BETANCOURT
ANTOLOGÍA POLÍTICA
VOLUMEN VII / 1958-1964**

**ESTUDIO PRELIMINAR
1958-1964**

**PROCESO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA
Fundar las bases de un nuevo orden político nacional**

Luis Ricardo Dávila

(Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela)

*“En el quinquenio 1959-1964 se inició en Venezuela una revolución social de tipo moderno, entendiéndose por ella un cambio acelerado de estructuras económicas y de hábitos políticos [...] Revolución enmarcada en normas legales, hecha con apego y respeto a procedimientos democráticos”.*¹

I.- FUNDAMENTOS DEL ORDEN POLÍTICO

1.- 1958, ANNUS MIRABILIS

*“[...] hay momentos estelares en la vida de los pueblos. Grandes horas en el devenir de las naciones; instantes en que un país realiza una cita con su propio destino”.*²

Venezuela ya había experimentado uno de estos momentos estelares durante ese largo 1936, que va desde la muerte de Juan Vicente Gómez, en diciembre de 1935, hasta marzo de 1937 con la expulsión –por parte del gobierno del general López Contreras– de los más combativos dirigentes políticos de nuevo cuño. En 1958 se repiten condiciones y circunstancias que dejarán estela luminosa en los anales históricos y en la memoria

¹ “Palabras liminares / 5 años de gobierno democrático” (Berna, marzo de 1968), *La revolución democrática en Venezuela. Documentos del gobierno presidido por Rómulo Betancourt 1959-1964*, 4 volúmenes, Caracas, 1968, pp. XIX-XX..

² Betancourt, Rómulo, “Reencuentro con el pueblo”, discurso de RB, retornado al país, tras una década de exilio político, 9 de febrero de 1958, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981* (compilación y estudio preliminar Naudy Suárez Figueroa), Fundación Rómulo Betancourt, Caracas, 2006, p. 274.

colectiva. El 23 de enero de ese año ocurrió el acontecimiento político que terminó con la caída del gobierno dictatorial de Marcos Pérez Jiménez, poniendo fin a una década de regímenes militares. Este fue, como era de esperarse, un episodio novedoso y dramático para la historia venezolana, episodio donde todo parecía deslumbrar. Se comienzan a ventilar para la sociedad nuevas formas de existencia colectiva. Los procesos históricos desarrollados a partir de estas coyunturas fundan una nueva forma de hacer política y de construir las relaciones sociales. Si el verbo clave en el horizonte intelectual de la nueva dirigencia política de 1936 era organizar, a este verbo en 1958 se le añadiría el de unir. Organización y unión serían los principios básicos de la acción de los nuevos políticos y militantes. Sobre ambos principios se lograría dar fundamento a una política democrática. Soplaban en ambos momentos deseos de renovar la existencia nacional según postulados de democracia política y de libertad civil, algo que también se intentó durante la frustrada experiencia de la *Gloriosa Revolución de Octubre* (1945-1948).

En estas preciosas y largas horas la presencia combativa y la acción organizadora de Rómulo Betancourt habían sido decisivas para el desarrollo de los acontecimientos. En 1936 llegaba al país, luego del exilio gomecista no como “hombre del pasado sino del presente y del futuro”³. En 1958 lo haría, después del largo exilio dictatorial, con el convencimiento de ayudar a “establecer definitivamente en Venezuela el régimen democrático y representativo”⁴. Puesto por delante este convencimiento, interesa a los fines generales de este estudio preliminar de la obra política de Betancourt entre 1958 y 1964, analizar y reconstruir el proceso de la revolución democrática llevada a cabo en Venezuela durante estos años. Considerar aquellos fundamentos y condiciones que hicieron posible la cita de la sociedad venezolana con su propio destino, aportará al lector las líneas maestras (ideas, representaciones y prácticas) que dieron sentido al nuevo orden político instaurado en el país en las circunstancias del 23 de enero de 1958.

“Una Venezuela para siempre”

³ “Regresa al país Rómulo Betancourt”, entrevista realizada por E.C.D. para *La Esfera*, Caracas, 11 de febrero de 1936, *Rómulo Betancourt. Antología política*, vol. 2 / 1936-1941 (selección, estudio preliminar y notas Patricio Soteldo, Vilma Petrash, María Teresa Romero), Fundación Rómulo Betancourt, Caracas, 1995, pp. 179-182.

⁴ “Reencuentro con el pueblo”, discurso de RB del 9 de febrero de 1958, op. cit., p. 271.

“Estamos convencidos de que será posible estabilizar en nuestro país gobiernos de derecho, nacidos del sufragio libremente emitido, si en el futuro se aplica, por los partidos nacionales (Acción Democrática, Unión Republicana Democrática, COPEI y por los que pudieran fundarse en el porvenir), así como por los demás sectores organizados de la colectividad, ‘una política al menos no tan suicida como la que seguimos en el pasado’ En lo que a A.D. se refiere hemos analizado nuestros propios errores, y los ajenos, y por lo que nos corresponde estamos seguros, plenamente seguros, de no reincidir en ellos”.⁵

Si, en fin de cuentas, el sentido del discurso que subyace a la revolución democrática moderna no es básicamente otro que interpretar el sentir de las grandes mayorías nacionales, permitiéndoles expresar su palabra sobre su propio destino -- presupuesta la convicción de que tales mayorías disponen de tal capacidad-- el contenido del epígrafe anterior expresaba una fe en el poder de éstas para modelar el orden político, las formas de gobierno y el estilo de los gobernantes. Estabilizar gobiernos de derecho nacidos del libre sufragio, había sido desde los días del trienio 1945-1948 y antes la fórmula de Betancourt para cumplir con tal designio. Sin embargo, habían faltado ciertas condiciones vinculadas a la convivencia democrática que no se habían observado en el pasado. Lo imperativo del nuevo momento histórico, una vez depuesta la dictadura militar, era construir las bases para esa convivencia. Apenas regresó al país, el 9 de febrero de 1958, Betancourt traía en su equipaje político e intelectual la postura autocrítica sanamente meditada, presta para ser lanzada a los cuatro vientos. En su “reencuentro con el pueblo” el mismo 9 de febrero, la expone con convicción y claridad:

“Es que nos hemos convencido todos de que el canibalismo político, la encendida pugnacidad en la lucha política, le barre el camino a la barbarie para que irrumpa y se apodere de la República” (p. 272).

La experiencia de esa encendida pugnacidad en el debate político había sido tan dolorosa para el país, para su partido y para su propia persona que no podía permitirse de nuevo otra puesta en escena. En especial ahora que la barbarie militarista había sido derrocada. La sociedad contaba con un enorme capital: su cohesión y su organización en modernas instituciones (partidos, sindicatos, ligas campesinas, asociaciones de empleados,

⁵ *Betancourt, R., Venezuela política y petróleo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956, p. 776.

uniones estudiantiles, federaciones empresariales). Lo que faltaba era crear un orden y unos principios de gobierno para su acción. No cabría duda que en un escenario democrático estos serían los ejes fundamentales para enfrentar el reto de fundar las bases de un nuevo orden político nacional y, en consecuencia, de un nuevo tipo de relaciones sociales. A tal fin servirían de instrumento los partidos políticos de masas, los existentes y aquellos por venir, de manera de ocupar aquellos espacios débilmente representados por otras instituciones de corte castrense, nefasta herencia del régimen derrocado. Partidos y grupos sociales de vocación democrática tendrían que acostumbrarse a nuevas prácticas: “[...] atemperar la discordia ideológica, porque las zanjias que ella abre cuando se exagera crean el clima propicio a la recurrencia dictatorial”⁶. Sólo una dimensión instituyente con estas cualidades incitaría a un pensamiento, a una proyección ideológico-política, permanente, dirigida al largo plazo. Se trataba de elaborar algo más fundamental. Lo proponen las palabras de Betancourt, señalando que el momento requería de:

“[...] elaborar un plan de muchos años escalonando las obras de acuerdo con la necesidad de las mismas, jerarquizándolas por su importancia; planificar a fin de forjar una Venezuela para siempre, y no una Venezuela transitoria, asentada sobre la movediza arena de una industria perecedera, explotadora de una sustancia que se agota: la industria petrolera”⁷.

Así las cosas, el régimen político que el orador tiene en mente se constituiría en dos órdenes: el orden de la acción y aquel de la representación. Junto a la correlación de fuerzas políticas, económicas y sociales, a los pactos implícitos y explícitos, al comportamiento de los distintos actores, a la creación de instituciones y de normas, todo lo cual forma parte del orden de la acción, coexiste un orden de la representación: suerte de mediación psicológica producida a través del discurso y las ideas que éste transmite, la legitimación por la decisión consciente del nuevo estado de cosas, en fin la imagen que la sociedad se da de sí misma a través de las palabras de sus líderes y los símbolos de sus historias, a través de esa suerte de “voluntad dirigida” de que hablara Picón-Salas⁸. Si el principio de la representación política, a través del sufragio libremente emitido, constituía el núcleo central

⁶ Informe político presentado por Betancourt en su condición de presidente de A.D., el 12 de agosto de 1958, al partido en su IX Convención Nacional, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 279.

⁷ “Reencuentro con el pueblo”, discurso de RB del 9 de febrero de 1958, op. cit., p. 273..

⁸ “Una nación --señalaba Picón-Salas-- no es sólo una suma de territorios y recursos naturales, sino la voluntad dirigida, aquella conciencia poblada de previsión y de pensamiento que desde los días de hoy avizora los problemas de mañana”, en “Rumbo y problemática de nuestra historia” (Discurso de incorporación en la Academia de la Historia, 1947), *Comprensión de Venezuela*, Caracas, 1949.

de la democracia presagiada por Betancourt, ésta se instituiría, entonces, como un régimen donde lo representativo era un componente clave de la formación, el ejercicio y la finalidad de la autoridad. Este principio fundamenta --habría que convenir-- la constitución misma de la democracia y de la soberanía popular.

Al plantear las cosas de esta manera, la perspectiva betancouriana escapa de las fronteras demasiado estrechas en las que la alternativa marxista ha tendido a encerrar la cuestión de la democracia moderna. Es que por democracia no se puede entender sólo un sistema de instituciones políticas y económicas, que reflejan mecánicamente los intereses de una determinada clase social, a la cual se le atribuye el poder de determinar todos los rasgos de la realidad social. Los actores de la democracia moderna no son actores sociales irreductibles a los componentes individuales de la sociedad, regidos por leyes inexorables. Es necesario ir más allá, y preguntarse si los procesos a los que se refiere el discurso democrático --ya se trate de los escritos de sus ideólogos o teóricos, de los intereses de los actores sociales o de las expresiones menos elaboradas de la opinión pública-- dependen únicamente del orden institucional, del orden político o económico, de la dialéctica de la historia; o acaso habrá que prestar un poco más de atención a la diversidad de intenciones e intereses que pasan a través de ese discurso. Para esta posibilidad de la democracia no da pie la alternativa marxista. Se había madurado bastante desde los días del confucionismo con el marxismo de 1936. Betancourt así lo mostraba al insistir en esto ante la IX convención de A.D. El momento exigía un “perfil diferenciado y propio” para el partido. Habría que hablarles a aquellos que “seguramente por desconocimiento de nuestra doctrina y de nuestra conducta política autónoma, ven a A.D. y al P.C.V. como una especie de animal bifronte, cuando nos separan profundas diferencias ideológicas y tácticas”⁹. Posición que había expuesto claramente en 1957 ante un auditorio internacional, al anticipar la conformación de un frente democrático nacional:

“No se ha contemplado, ni se contemplará, la posibilidad de que a este frente concurra el pequeño partido comunista venezolano, cuya táctica y estrategia son privativamente suyas y no las comparten las corrientes mayoritarias de opinión, políticamente organizadas”¹⁰

⁹ Informe político ... del 12 de agosto de 1958, op. cit., p. 288.

¹⁰ “Para una justa política interamericana” (discurso pronunciado en el Carnegie International Center, Nueva York, 12 de enero de 1957), *Posición y Doctrina*, Editorial Cordillera, Caracas, 1959, p. 22.

Semejantes divergencias de concepción en relación a la democracia moderna, excluiría a los comunistas no sólo de cualquier frente político de carácter democrático, sino también de la formación de cualquier futuro gobierno. Las razones las expone Betancourt claramente en las vísperas de las elecciones de 1958. El 5 de diciembre para clausurar la campaña electoral como candidato presidencial y ante una multitud reunida en la Plaza de El Silencio de Caracas, Betancourt anuncia claramente que de ganar la contienda no solicitaría la colaboración del Partido Comunista. Las razones contenían el tono de amplitud que demandaba el momento político. Los comunistas, como cualquier otro grupo de venezolanos, tenían derecho a sustentar una ideología política, a expresarse y difundir sus creencias,

“[...] pero el Partido Comunista no puede formar parte del tren ejecutivo de un gobierno democrático venezolano porque su filosofía política no concuerda con la estructura democrática del Estado, y porque su posición en política internacional no sólo es extraña, sino opuesta a los intereses de Venezuela”.¹¹

La invención de la “unidad nacional”

Si el ensayo democrático del trienio octubrista había fracasado, entre otras cosas, por no haberse logrado la unidad nacional, en la nueva oportunidad histórica habría entonces que inventarla. Ya sería bien conocido que en ausencia de una unidad substancial, la sociedad debe crear su unidad real a través de sus instituciones, cuyos órganos inmediatos son el discurso del poder y las instancias simbólicas tales como creencias, entusiasmos, representaciones y tradiciones; unidad que será siempre frágil, perecedera, renovable y contingente. Poco importa que sus dirigentes proclamen incesante y retóricamente su vocación a defender el interés general y nacional, su voluntad de unión y de emancipación popular, el antagonismo siempre estará presente y, en consecuencia, también lo estará la tendencia a la división social, a la desintegración. Nada de esto le era extraño a Betancourt, así lo dejaría plasmado ante el partido bajo el mote “Acción Democrática y su posición lealmente unitaria”. De donde se desprendía uno de los rumbos trazados por el CEN a la militancia nacional: “Defender la tesis de la unidad nacional” y, por sobre todo, contribuir a mantener la Junta Patriótica “como símbolo de la unidad

¹¹ Discurso de Betancourt con motivo del cierre de la campaña electoral presidencial de 1958, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 315.

nacional, pero coincidiendo con la casi totalidad de los partidos en ella representados en que estando ya en funcionamiento normal las colectividades políticas no resultaba aconsejable que ese organismo invadiera campos reservados a los partidos”.

Respetando cada quien el territorio del otro (asumiendo “sus propias responsabilidades autónomas” o adoptando “posiciones diferenciadas en determinadas ocasiones”¹²) se logró entonces una frágil unidad, pero unidad al fin, que iría a dar posteriormente raíz y rostro a un nuevo orden político para la nación venezolana. Insisto en esto porque me asiste la convicción de que lo que a Betancourt le importaba en el fondo del proceso histórico eran las tendencias. Y al concepto de democracia subyace un sentido unificador, una tendencia visible: “la sociedad venezolana ha llegado a un momento de su evolución en el cual se hace necesario el ver su historia como una larga marcha hacia la democracia”¹³. Inútil insistir sobre esto. Pero tampoco se puede obviar que el surgimiento de la democracia moderna requiere de un recuento objetivo de las condiciones que la posibilitan; particularmente requiere, entre otras cosas, de la unidad de propósitos por parte de las élites que la haga viable. Estas condiciones que posibilitarían la puesta en forma, la puesta en escena y la puesta en sentido de la democracia en Venezuela fueron ampliamente razonadas y debatidas –“con angustia patriótica y preocupación estudiosa”-- por Betancourt ante los diferentes escenarios nacionales. Sobre la divulgación del problema del petróleo y de la economía, y de los problemas sociales insistió a lo largo y ancho de la geografía nacional, ante los más diversos interlocutores. Lo que le preparaba el terreno en caso de tocarle dirigir los rumbos de la gestión gubernamental, “porque dentro del régimen democrático no se ha conocido ni inventado fórmula distinta a la de que sean los partidos políticos los órganos del poder público, después de obtener a través de los comicios, el aval y el respaldo del electorado”¹⁴.

Lo anterior venía al caso por un signo “nuevo y auspicioso en la vida venezolana” observado por Betancourt, el cual tenía que ver con la construcción de la preciada unidad nacional: “el que hombres de empresa escuchen a hombres públicos exponer sus puntos de vista acerca de la problemática nacional”. Esta suerte de transferencia en el concepto de

¹² Informe político ... del 12 de agosto de 1958, op. cit., p. 287.

¹³ Carrera Damas, G., *La larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia: doscientos años de esfuerzos y un balance alentador*, Contraloría General de la República, Caracas, 1998, p. 3.

¹⁴ *El petróleo en la economía nacional* (Conferencia en la Cámara de Comercio de Maracaibo, 15 de septiembre de 1958), *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 289.

responsabilidad no significaba otra cosa que el interés de los hombres de empresa en conocer las ideas y el pensamiento de quienes de una forma u otra influirán o dirigirán los destinos nacionales. El 23 de enero habría traído consigo las condiciones que posibilitarían esta transferencia lo que abonaría el logro de la “*unidad nacional*”. Antes el país estuvo dividido en facciones agresivas y desconsideradas, nutridas de divergencias personales y posiciones intolerantes de parte de los distintos actores. Betancourt estuvo entre los primeros en reconocerlo, incluso antes de su llegada a Caracas:

“Si los partidos se hacen otra vez guerra a cuchillo, si se substituye el sereno debate doctrinario de las grandes cuestiones nacionales y universales por la enconada pelea subalterna, se crearía clima propicio para la recaída dictatorial”.¹⁵

2.- TREGUA INTERPARTIDISTA, BONDADES DE LA “DISCUSIÓN DE ALTURA”

En la nueva coyuntura histórica de 1958 había que poner plomo a las alas revolucionarias y a los excesos doctrinarios. Porque alguna lección habría de derivarse de la sangrienta década dictatorial. En cuanto a lo del sentido revolucionario de la acción política, ya Betancourt parecía haber tomado conciencia --en el propio exilio-- de las necesidades que podrían derivarse de un lenguaje agresivo cargado con símbolos revolucionarios, que más que contribuir a forjar realidades lo que hacía era espantar solidaridades. En el ya referido discurso pronunciado en el *Carnegie International Center* de Nueva York, el 12 de enero de 1957, se expresan los deseos de rectificación discursiva: “Hemos dicho que no estamos fomentando revoluciones y que creemos adecuado para Venezuela [...] la transición de un régimen de fuerza a otro democrático por el camino normal de una consulta al electorado” (ibid., p. 23). Anunciaban estas palabras retoques en la concepción democrática articulada doce años antes. Sobre todo en lo relativo a las posiciones frente al resto de factores de poder, en especial los partidos políticos, tal como se ha señalado anteriormente. Bajar el tono de la intolerancia política (“intolerancia

¹⁵ “La O.E.A., frente a las dictaduras”, (Discurso en homenaje rendido con motivo de su retorno a Venezuela, 5 de febrero, 1958), *Posición y Doctrina*, op. cit., p. 30.

agresiva hacia las minorías opositoras”¹⁶) sería en adelante línea de partido, así lo reconoció Betancourt.

El corolario de este reconocimiento era uno: propiciar la tregua política, “en que los partidos ni siquiera saquen sus multitudes a las calles, sino que realicen dentro de sus locales cerrados sus tareas de organización”¹⁷. Las condiciones que posibilitarían la tregua vendrían envueltas en un discurso que eliminaba definitivamente el odio, el insulto virulento, “la procacidad en los torneos cívicos”. En adelante, se imponía el lenguaje claro y franco, sin oficiar en “el altar de la demagogia”, para permitir la realización en el país de “una cita con su propio destino”, ayudándole “a salir de su convalecencia”.

A tan positivos extremos --expresados en este lenguaje conciliador-- llegó esta tregua que el 31 de octubre de 1958 se suscribió un pacto político, conocido como “el Pacto de Punto Fijo”, en el cual los partidos Acción Democrática, el Social Cristiano COPEI y Unión Republicana Democrática adquirieron, en vísperas de iniciarse la campaña electoral para los comicios de diciembre de ese año, compromisos concretos con la nación, entre los más substanciales: “Defensa de la constitucionalidad y del derecho a gobernar conforme al resultado electoral”; “Gobierno de unidad nacional”; “Programa mínimo común”¹⁸. Cuestiones que ya habían sido objeto de discusión y análisis, al igual que los más acuciantes problemas nacionales, durante 1957, “en los diálogos diarios realizados entre Rafael Caldera y Jóvito Villalba, esas grandes figuras de la democracia nacional, y yo, exiliados los tres en la ciudad de Nueva York; y cuando llegó a esa ciudad el ex Presidente López Contreras, durante muchas horas discutimos con él y también encontré en el ex Presidente un hombre fundamentalmente interesado en que en este país se afirme la democracia definitivamente”¹⁹. Respaldar semejante acuerdo, sin abandonar las concepciones doctrinarias específicas, en favor de la realización de elecciones libres y de la instauración de un gobierno de unidad nacional serían --según sus mentores-- demostraciones suficientes “de la aptitud de Venezuela para la práctica ordenada y pacífica

¹⁶ Informe político ... del 12 de agosto de 1958, op. cit., p. 279.

¹⁷ “Reencuentro con el pueblo”, discurso de RB del 9 de febrero de 1958, op. cit., p. 272..

¹⁸ Pacto llamado de “Punto Fijo” firmado por los partidos U.R.D., COPEI y A.D. el 31 de octubre de 1958, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 301-305. Un exhaustivo análisis de este pacto así como del año 1958 en general se encuentra en el opúsculo de Suárez, Naudy, *Punto Fijo y otros puntos. Los grandes acuerdos políticos de 1958*, Fundación Rómulo Betancourt, Serie Cuadernos de Ideas Políticas, Caracas, 2006.

¹⁹ “Reencuentro con el pueblo”, discurso de RB del 9 de febrero de 1958, op. cit., p. 271.

de la democracia”²⁰. Acaso por los resultados posteriores de este acuerdo político, el gran mérito del Pacto de Punto Fijo no fue ni llegar a él como expresión de un espíritu unitario *per se*, ni redactar sus términos, ni siquiera acordar su firma, porque de muchos pactos estaba compuesta la historia política venezolana. Ninguno como éste, sin embargo. El verdadero mérito de Punto Fijo, según uno de sus firmantes, “fue cumplirlo, y se ejecutó con entera lealtad hasta el último día del gobierno del Presidente Rómulo Betancourt”.²¹

El “caballeresco torneo electoral” de 1958

No faltarían, sin embargo, las señales de inadaptabilidad democrática expresadas por los brotes subversivos del 22 de julio y el 7 de septiembre de este año. Pero la premura en salir de la dictadura y en crear condiciones de posibilidad a la democracia contribuyeron –no sin ciertas dificultades– a la formación de un horizonte político uniforme en cuanto a los contenidos de la unidad política. Por delante iría la estabilización de un régimen que buscaba afanosamente sustentarse una vez finalizada la transición de la Junta de Gobierno. De allí aquella reacción unitaria luego del intento golpista del 7 de septiembre, avivando de nuevo el espíritu del 23 de enero. La prueba electoral para escoger el régimen de los cinco años, que se instalaría en los comienzos de 1959, sería el gran *tour de force* para mostrar cuanto se estaba dispuesto a sacrificar. Más aún cuando a la militancia se le proponía: “La solución para los problemas de Venezuela es la solución electoral”²².

Dentro de esta solución y para hacerla efectiva, lo primero sería el asunto de las candidaturas. Al suscribirse el Pacto de Punto Fijo, poco después de una intentona militar (la crisis con Castro León del 22 de julio de 1958), quedaba de manera más o menos tácita quienes serían los candidatos presidenciales. Las posibilidades eran varias: un candidato de coalición entre los partidos que suscribieron el Pacto, una candidatura independiente aceptada por estos partidos, la fórmula de un poder ejecutivo colegiado, o que cada partido lanzara su propio candidato. Tan variadas fórmulas obedecían a la complejidad del momento. A Betancourt, quien desde la Convención de agosto sostuvo la tesis de que AD

²⁰ Pacto llamado de “Punto Fijo”..., op. cit., p. 304.

²¹ Caldera, Rafael, *La parábola vital de Rómulo Betancourt*, Conferencia inaugural de la Cátedra Rómulo Betancourt en la Universidad Rafael Urdaneta, Maracaibo, 19 de mayo de 1988, p. 19.

²² *Acción Democrática: 17 años al servicio del país*, discurso pronunciado por Betancourt en Maracaibo el 13 de septiembre de 1958, *Posición y Doctrina*, op. cit., p. 203.

no presentase un nombre de sus filas como candidato individual, no le sería tan fácil. No sólo porque cualquier candidatura presidencial –según el Pacto—se verificaría “sin menoscabo de la unidad y sin ruptura de la tregua interpartidista”, sino porque aún había recelo frente al líder por parte de algunos sectores civiles, pero particularmente por el lado militar e incluso dentro de su mismo partido. Él mismo se sabía polémico y desencadenador de pasiones. Comprende entonces que debe mantenerse en actitud discreta pero alerta, muy alerta. Ya en el Informe que presentara a la Convención del partido el 12 de agosto, solicitaba “que se me eximiera de plantear esta cuestión eleccionaria [...]”²³.

Las razones eran obvias, su nombre aparecía –o deseaba el propio Betancourt que apareciese—en el primer plano de las candidaturas de unas inminentes elecciones. Había que trabajar con tino. En este plano los elementos en juego eran sumamente complejos. Por tanto, lo mejor para el momento era andar ligero de equipaje en cuanto a aspiraciones se refiere y pasarle el fardo de la decisión a terceros: “Y como personalmente ni deseo ni busco postulaciones, he preferido que sea un calificado equipo de compañeros el que recoja y resuma ante la Convención las distintas modalidades que ofrece el problema electoral”. En lo inmediato la Convención acordaba, entonces, renunciar a presentar a un hombre de sus filas como candidato presidencial. No todos pensaban igual. Mientras Prieto Figueroa defendía el nombre de Betancourt como candidato; Gonzalo Barrios y Raúl Leoni se mantenían discretos, al igual que el maestro Gallegos. Uno que otro personero de la vieja guardia –Carlos D’Ascoli, por ejemplo-- expresó oposición a su nombre.

Por supuesto, que en la hora final del debate Betancourt sí se mostraría animado –acaso siempre lo había estado-- a exponer sus criterios sobre las diferentes fórmulas electorales. Primero había que mantener el clima de entendimiento, había que ir más allá del partido escuchando a la gente en la ocasión de llevar por todo el país sus planteamientos de gobierno tanto a la militancia como a distintos sectores organizados de la sociedad. A esta acción evangelizadora sobre los grandes problemas nacionales y a la reconstrucción y unificación de las bases del partido se dedica la mayor parte de la segunda mitad del año. Ni siquiera abusará del mitin de plaza pública; muy raramente escribe en la prensa y poco polemiza. Más bien polemizan otros dirigentes, como el caso de Domingo Alberto Rangel quien sostuvo una discusión de martilleadas frases con Larrazábal al calificar de

²³ Informe político ... del 12 de agosto de 1958, op. cit., p. 288.

“peronismo” su estilo político²⁴. Los excesos discursivos del trienio o la tentación de fáciles acomodados no deberían sacrificar la unidad nacional en torno a la democracia. Aparte de que esto era también, en materia de proyección de imagen, electoralmente estratégico. Betancourt no le haría el juego fácil a sus enemigos políticos, especialmente a aquellos que hacían vida en las Fuerzas Armadas o a aquellos representantes de viejos sectores oligárquicos quienes aún lo veían como un radical revolucionario.

El Pacto de Punto Fijo dejaba en libertad a cada una de las organizaciones que le suscribieron “de sustentar su propio candidato presidencial”, quedaba entonces el trabajo con las bases de AD, especialmente entre los nuevos líderes de la juventud quienes habían dirigido la organización en los últimos tiempos. Trabajo que ya se había iniciado desde que sintió tierra caliente al regresar del exilio y después. Tres meses más tarde, el 7 de mayo de 1958, Betancourt convoca, en su carácter de presidente del Partido, a una reunión de dirigentes nacionales. La situación sería propicia para enfatizar el pensamiento colectivo del partido “porque hoy como nunca existe una férrea unidad interna en Acción Democrática y una profunda compenetración anímica e ideológica entre su dirección y su militancia”²⁵. Había que preservar la unidad por sobre todas las cosas. Y por si aún los nuevos dirigentes no se comunicaban con la vieja guardia, las palabras de elogio fueron hacia los primeros, representados en su Secretario General del Partido en la Resistencia y la Clandestinidad, Simón Sáez Mérida, uno de los “pinos nuevos, formados en la lucha de la resistencia”. Había que obrar con talento, con calma. Cualquier precipitación pondría en juego la unidad. Betancourt lo sabía y se les adelantaba así ante cualquier intento de buscar candidaturas independientes como era una tendencia. Son estos mismos líderes jóvenes quienes, al oponerse a la tesis de un candidato único e independiente propuesta por el PCV, entre otros, simpatizaron con el lanzamiento de un candidato individual del propio partido, éste sería Betancourt²⁶. El trabajo era la clave, y allí esa juventud luchó consecuentemente

²⁴ *La Esfera*, Caracas, 26 de noviembre, de 1958, p. 2.

²⁵ “*Hacia una política de unidad*”, discurso pronunciado por Betancourt en el acto de clausura de la reunión de dirigentes nacionales de Acción Democrática, Caracas 7 de mayo de 1958, *Posición y Doctrina*, op. cit., p. 212.

²⁶ Domingo Alberto Rangel concluiría que “ya no es posible llegar a un pacto entre AD y URD”, *El Nacional*, Caracas, 9 de noviembre de 1958, p. 1; mientras que Luis A. Dubuc señala que con el candidato unitario “se trata de rodear de una amenaza sumamente peligrosa la candidatura de Betancourt”, *El Nacional*, Caracas, 9 de noviembre de 1958. En general sobre estas elecciones, puede consultarse Rosas Marcano, Jesús, *La prensa nacional y las elecciones generales de 1958*, Universidad Central de Venezuela, Instituto Venezolano de Investigaciones de Prensa, Caracas, 1961.

por el triunfo de Rómulo Betancourt. Domingo Alberto Rangel, entre ellos, en la euforia de la campaña, llamaría su candidatura con encendida prosa: “Lámpara que atrae los moscardones en la oscuridad”. Para luego añadir:

“La candidatura de Rómulo Betancourt refleja fundamental y aunque no totalmente, la estructura, las creencias y la idiosincrasia del Partido Acción Democrática”.²⁷

Al final fueron tres los candidatos, representantes todos de partidos que no habían podido convivir en el pasado, y por si esto fuese poco, dos civiles se enfrentaban a un militar, lo que le daba a la contienda electoral un carácter más simbólico para reforzar la unidad nacional que estaba en juego: Rafael Caldera, el primero en lanzar su candidatura, por COPEI; le siguió Wolfgang Larrazábal por URD, con el apoyo de los comunistas; y el último en salir a la palestra electoral fue Rómulo Betancourt por AD. La campaña transcurrió en un clima de “alarmismo”²⁸ y de incertidumbre por el destino de la unidad nacional²⁹. No faltó la siembra del miedo ante cuál sería la actitud de los militares de ganar Betancourt, a pesar de que el favorito era Larrazábal. Sin embargo, el líder blanco no se dejó contagiar y mantuvo una actitud gallarda y ecuánime no sólo frente al electorado sino en relación a los otros candidatos:

“El tono sereno con que se ha realizado este debate electoral, que acaso merezca ser calificado de caballeresco torneo electoral, ha permitido que no se abran zanjadas de odio entre las distintas parcialidades y entre los distintos candidatos. Y esto posibilitará la realización de lo que es algo más que un anhelo, una necesidad nacional”³⁰.

Luego de que el día 6 los tres candidatos se dirigieron a la nación –desde la sede del Consejo Supremo Electoral--para suscribir la Declaración de Principios y el Programa Mínimo de Gobierno, consecuencias ambos del Pacto de Punto Fijo, millones de venezolanos acudieron a votar aquel asoleado domingo del 7 de diciembre de 1958. La abstención fue mínima (8.4%). El pueblo se inclinó a votar, quería el regreso de los partidos, quería democracia (“¡Votos sí, balas no!”). Mientras Larrazábal ganaba contundentemente en Caracas, Betancourt lograba el voto mayoritario en la provincia

²⁷ *La Esfera*, Caracas, 24 de noviembre de 1958, p. 4.

²⁸ “Campaña alarmista denuncia Defensa”, *El Mundo*, Caracas, 17 de noviembre de 1958, p. 1.

²⁹ “La unidad no existe ni ha existido antes en el sentido del asentimiento de los partidos y de todos sus militantes con respecto a un candidato único”, Pereira Alvarez, Ismael, “Desde mi rascacielo”, *El Universal*, Caracas, 7 de noviembre de 1958, p. 4..

³⁰ Discurso de Betancourt con motivo del cierre de la campaña electoral presidencial de 1958, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 314.

(Zulia, Falcón, Lara, el Oriente del país), especialmente entre los sectores rurales y campesinos conformados por las bases de Acción Democrática. Con más de trescientos mil votos de ventaja³¹ sobre Larrazábal, Betancourt retornaría al poder para tratar de demostrar que la solución para los problemas del país pasaba por la solución electoral. Frente a gobiernos providencialistas o autoelectos, se imponía la vía civilizada de los comicios para que las mayorías nacionales pudiesen darse sus propios gobiernos. Y este sería un principio inalterable del nuevo orden político democrático y representativo.

II.- DISCURSO DEL ORDEN POLÍTICO

“Gobernaremos hasta el 19 de abril de 1964 sin engrimientos de autosuficiencia, reconociendo con humildad que los gobernantes no son sino personeros de la colectividad y que en las disposiciones que, en cierto modo, comprometen al país, la colectividad tiene palabra decisiva para decir”³².

1.- “EL ITINERARIO DE LA ACCIÓN DE GOBIERNO”

En el discurso pronunciado en Maracaibo, el 13 de septiembre de 1958, para conmemorar los 17 años de AD al servicio del país, Betancourt señalaba que la mejor lección de lealtad a las consignas y los principios del partido que los militantes pudieran dar era haciendo “[...]en la intimidad de su conciencia un juramento de concurrir, no importa si a riesgo de la vida pero sin vacilación de ninguna clase, cuando se les llame a defender el régimen democrático [...]” (op. cit, p. 205). Acaso, luego de su elección y en las vísperas de presidir un gobierno constitucional, representativo y pluripartidista --forma de gobierno compleja nunca antes experimentada en la historia política nacional-- el juramento solicitado meses atrás lucía indispensable para llevar a buen término el nuevo orden

³¹ Las cifras definitivas del Consejo Supremo Electoral eran: Rómulo Betancourt: 1.284.092 votos; Wolfgang Larrazábal: 903.479 votos; Rafael Caldera: 423.262 votos. En la composición del Congreso Nacional también Acción Democrática obtuvo mayoría con 32 senadores y 73 diputados (Betancourt obtuvo escasos 20 mil votos menos que AD); seguido de URD con 11 senadores y 4 diputados; COPEI con 6 senadores y 19 diputados; y, finalmente, el PCV con 2 senadores y 7 diputados. Ver Chang Mota, R., *Sistemas y cifras de las elecciones venezolanas desde 1958*, Consejo Supremo Electoral, Caracas, 1983; para un enfoque histórico del tema Sanoja Hernández, J., *Historia electoral de Venezuela (1810-1998)*, Los Libros de El Nacional, Caracas, 1998, pp. 50-52.

³² Palabras de Betancourt al clausurar la Convención Anual de Fedecámaras en San Cristóbal el 21 de marzo de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 34..

político. Pues, ¿de qué valdría tanto esfuerzo si ahora al frente del poder no se contaba con una defensa popular de la democracia en sus horas iniciales? El síndrome del 24 de noviembre de 1948, parecía estar ahora más presente que nunca. El mes de enero de 1959 lo dedicaría el Presidente electo a sostener conversaciones con los más heterogéneos factores de poder de la capital y de las provincias. Mención aparte merecen las visitas a los comandos y cuarteles de las Fuerzas Armadas para exigir respeto al orden constitucional de la República y a la voluntad del pueblo. A cambio se ofrecía que “la institución armada no será objeto de ninguna maniobra partidista y que se respetará en todo momento el espíritu y la fisonomía que a la misma conforma, de Institución al servicio de la República y no del personalismo”³³.

Los días siguientes fueron agitados, no sólo por la intranquilidad en las calles, las olas de rumores y los tumultos de diverso origen, sino también por las laboriosas e interminables negociaciones para constituir el Gabinete Ministerial de acuerdo al espíritu unitario presente y al mandato del Pacto de Punto Fijo. Las capacidades negociadoras de Betancourt se movían entre las exigencias de su partido y aquellas de sus aliados, amén de las suspicacias que cada grupo despertaba. Fracasados los augurios pesimistas y reducida al mínimo la discordia interpartidista, se logra finalmente conformar proporcionalmente el Poder Ejecutivo con representantes de AD, URD y COPEI, además del llamado “grupo de Ministros Técnicos”. La calidad del gabinete pasaría la prueba de gobernar. Todos los Ministros –en especial los técnicos-- exhibieron empeño de servir y “voluntad de acertar” (Betancourt). De igual manera se distribuyeron las gobernaciones de acuerdo a los resultados electorales. Habiendo quedado instaladas las Cámaras Legislativas el 19 de enero, sólo restaba esperar la llegada del 13 de febrero, fecha pautada para la iniciación del régimen constitucional.

Comparecer ante el órgano legislativo depositario de la voluntad popular, por haber sido electo mediante el sistema democrático del voto directo, universal y secreto era para Betancourt más que un ritual del poder, era la oportunidad para echar a andar lo soñado para Venezuela desde sus días mozos. Por sobre todo sería una responsabilidad “planteada

³³ Citado en Velásquez, Ramón J., “Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo / El gobierno de Rómulo Betancourt, 1959-1964”, en Ramón J. Velásquez, A. Calvani et al. *Venezuela moderna. Medio siglo de historia, 1926-1976*, Editorial Ariel / Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, segunda edición 1979 (1976), p. 228.

a los venezolanos de hoy en forma de reto [...] un eslabón más de singular proyección dentro del proceso revalorativo de la nacionalidad, iniciado en Venezuela el primero de enero de 1958”³⁴; memorable fecha en que estalló la insurrección contra el régimen dictatorial. Llegaba el momento de regularizar la controversia pública, de asentar y respetar las reglas del juego democrático, garantes del nuevo orden político. Lo primero y principal sería perpetuar la unidad nacional, para lo cual ya se habían dado los primeros pasos en el momento de conformar el aparato del estado con “un gobierno de coalición” según criterios incluyentes:

“La forma como ha sido integrado el gobierno no responde a un ánimo excluyente y su gestión estará signada por una actitud continuada, firme, de convivencia democrática. Porque la unidad nacional que ayer contribuyó a erradicar a la dictadura y a garantizar el tránsito hacia la constitucionalidad, se requiere ahora, con similar urgencia, para organizar el país sobre bases estables y justicieras” (ibid, p. 335).

Luego del balance negativo que dejaban los diez años de la dictadura, no estaría demás exaltar la pasión de libertad de que había hecho gala el pueblo venezolano. Sólo esto posibilitaría continuar hacia delante en la construcción del orden democrático, del que continuaría excluido el Partido Comunista porque su filosofía “no se compagina con la estructura democrática del Estado venezolano”; tampoco su política internacional “concuera con los mejores intereses del país”. Expuesto el fundamento unitario, libertario y democrático del orden político, el ahora Presidente Betancourt pasaba a definir las líneas maestras de acción de lo que sería su gobierno constitucional.

“[...] Poner de moda la honradez”³⁵

Según el primer mandatario, la coyuntura económica y administrativa a la que la década militar llevó al país era de recesión: “El país fue dejado por la dictadura al borde de la bancarrota”. Con la contracción del gasto público, este hecho se traducía en deudas impagadas, crisis fiscal, “política hacendaria de despilfarrar lo que no desfalcaron”. Lo cual requería de equilibrar las finanzas del Estado, pero fundamentalmente requería de señalarle a los venezolanos una nueva ética administrativa, encabezada por una política de austeridad

³⁴ Discurso de toma de posesión presidencial, Caracas, 13 de febrero de 1959, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 330.

³⁵ Frase de José Martí puesta de relieve por Betancourt al hablar de la moralidad administrativa que implantaría su gobierno. La expresión completa es: “Hay que poner de moda la honradez”.

y moralidad en el manejo de los negocios públicos: “El nuevorrquismo derrochador desaparecerá de las costumbres oficiales”. Junto a esto, lo más importante sería la moralización de la gestión pública, comenzando por el castigo a los funcionarios al incurrir en el enriquecimiento ilícito. Las palabras acentuarían lo que se tenía en mente:

“[...] con mano firme, sin temblor en el pulso ni vacilación en la empresa moralizadora, se castigará sin contemplaciones los delitos del peculado, del tráfico de influencias, del porcentaje corruptor, del favoritismo rentable para quienes lo practican [...]”

Se volvía de esta manera a los días del trienio con aquella conducta de la moralización administrativa, de aquella “inexorable labor profiláctica”. Sólo que ahora se obviaba cualquier tinte de carácter radical. Ya no habría un Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa, encargado de ejecutar una suerte de *terreur* revolucionario contra los funcionarios del antiguo régimen; tampoco se levantarían “juicios de peculado” con sentencias más cercanas a la infamia que a la justicia. Si el peculado continuaba siendo práctica común en la administración pública nacional, las maneras de combatirle habrían de adaptarse a las nuevas condiciones políticas y sociales. De inmediato se pondría en plena vigencia una Ley contra el Enriquecimiento Ilícito de Funcionarios Públicos, se integraría el Tribunal especial allí contemplado pero no con el otrora signo monopartidista, sino con novedosa amplitud: “[...] con representación del Congreso Nacional, de la Corte Federal y de Casación, de la Presidencia de la República y de los partidos políticos con representación parlamentaria”.

“Diversificar y venezolanizar su producción” en clima de libertad

Moralizando la administración pública y eliminando todo gasto superfluo y derrochador se buscaría crear condiciones para encarar los problemas del desarrollo económico nacional y, en consecuencia, para mejorar las condiciones de vida del venezolano; consideradas éstas, tareas inaplazables por el gobierno constitucional. En esta dirección lo primero era liberar al Estado y a la nación de la dominación del petróleo. Dominación que se traducía en una inalterada tendencia a utilizar el producto de la riqueza petrolífera para importar bienes del exterior, “aun bienes de consumo fácilmente producibles en el país”. El Estado ofrecía, en la voz del primer mandatario, prestar de inmediato la mejor atención para realizar inversiones reproductivas en materia industrial a

través de la Corporación Venezolana de Fomento (creada en 1946 para tal fin), del Banco Industrial y del Banco Agrícola y Pecuario, lo que se conoció como la política de sustitución de importaciones. Todo esto aunado a programas petroquímicos, siderúrgicos, vías fluviales, carreteras de penetración, obras de riego y electrificación, y modernos sistemas de telecomunicaciones contribuirían deseosamente, “a la creación de una Venezuela grande, próspera y feliz”. Con tal propósito muy tempranamente se aplica el decreto de “compra venezolano”. Porque de lo que se trataba era de “preferir lo nacional a lo importado”, como política de gobierno.

Sin descuidar, por supuesto, la vertiente social del desarrollo económico nacional a partir de un concepto de justicia y de igualación social. Se buscaría garantizar la atención prioritaria a problemas cruciales, tales como el del desempleo (“Mucho se puede hacer en Venezuela para liberar del desempleo y de la angustia económica a un sector de la población [...]”), la dotación de viviendas, la educación –particularmente el acceso a la misma y la lucha contra el analfabetismo--, la seguridad social; todo esto mediante una política concertada de creación de fuentes permanentes de trabajo, de realización de la “hazaña educativa” a través de planes permanentes en materia de educación, planes para domiciliar en casa habitable a los sectores medios, obreros y campesinos, protección de la salud pública y, especialmente, realización de una reforma agraria que permitiera una más justa distribución de la tierra entre los sectores campesinos. Con estos planes se buscaba no sólo echar a andar un proyecto de país, sino lo que era más importante aplacar los ánimos exaltados de las manifestaciones de desempleados que urgían al gobierno a la creación de puestos de trabajo; al igual que aquellas demandas de las delegaciones de ciudades y pueblos solicitando escuelas, carreteras, hospitales, caminos vecinales, acueductos, electrificación. Por cierto que en relación al sector rural, expresaba Betancourt su atención al mismo de esta manera: “la presión de los campesinos pidiendo tierra y créditos se ejerció con acusada intensidad”.

La situación era apremiante y el estado de zozobra social podía agravarse. Quedaba por verse las capacidades del aparato estatal para enfrentar el crítico cuadro social y administrativo. Las acciones de este último tipo no podrían ser exclusividad del Estado, si actuar con buen tino se quería; éstas rebasarían su capacidad, de forma que la propuesta responsablemente expuesta era:

“[...] se ejecutarán recabando el concurso de la iniciativa privada para su mejor éxito, son tan vastos y difíciles los problemas del país, que para solucionarlos se requiere la cooperación de todos los venezolanos con sensibilidad social”.

En esta lista de intenciones no podía faltar el clima de libertades públicas que se garantizaría en materia de política nacional. Libertad de pensamiento, de acción y de expresión en un primer plano, sin menoscabo del orden institucional que el pueblo libremente se dio y sin promover subversiones al amparo de este clima de libertad. La fórmula se expresaba pedagógicamente:

“El orden y la democracia son perfectamente conciliables; el irrespeto y la agresión contra las autoridades legítimas no pueden ser tolerados y no serán tolerados”.

La política internacional estaría acorde con los componentes democráticos de la política interna. Sólo se reconocerían gobiernos nacidos de la voluntad popular, “a través de la única fuente legítima de poder, que son las elecciones libremente realizadas”. Esta sería la actitud a observar por el gobierno ante las Naciones Unidas y en la Organización de los Estados Americanos, desde donde se propondría un “cordón sanitario de riguroso aislamiento en torno a los gobiernos despóticos”, célebre expresión betancouriana³⁶. Acaso lo más significativo de esta postura sea la amplitud y sinceridad que buscaban sus palabras. La política nacional e internacional se realizarían a la luz del día:

“[...] en diálogo constante del Gobierno con el pueblo, sin ocultarle nada a la Nación, porque en definitiva los gobernantes no son sino mandatarios de ella, y porque es esa vigilancia permanente de la opinión pública lo que le impide al gobernante desviarse hacia el ensimismamiento ególatra, hacia la vacua presunción de infalibilidad. Consultaremos, así, sin arrogancia con humilde ánimo de escuchar y atender lo razonable, a todos los sectores de la colectividad [...]”

“El respaldo leal de las Fuerzas Armadas”

Si bien no se estaba seguro de tal respaldo, habría que inducirlo por la palabra y por los gestos. Lo cierto es que luego de una década de dictaduras militares, la actitud de las Fuerzas Armadas hacia la sociedad, al igual que de la sociedad hacia el hombre de uniforme y charretera sería compleja. Luego de vivir la opresión militar, el hombre civil no

³⁶ En la ocasión del Mensaje enviado al Señor Presidente de la Conferencia de Consulta de Cancilleres Americanos, Santiago de Chile, 12 de agosto de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 108..

podía más que desconfiar de sus prácticas, así se hubiese dado al traste con el régimen de la pura fuerza. En esta relación era normal que existiese una honda zanja entre la sociedad y sus Fuerzas Armadas. Pero, Betancourt sabía que no sólo del despotismo se nutrían estas últimas. De allí que hiciese un enorme esfuerzo para crear una imagen positiva de la institución castrense ante el país, para generar confianza y respeto entre ambos. Tarea nada fácil sería aquella de limar recelos y desconfianzas “entre el pueblo en uniforme y el resto de los venezolanos”. Se trataba de darle definición institucional y obligación legal al papel que en un régimen democrático de elección popular habría de cumplir ese “pueblo en uniforme”. Lo primero sería que la institución armada aceptase a un civil en el cargo de Presidente Constitucional de la República como su comandante en jefe. Esto sería enfatizado por Betancourt desde sus primeras palabras a la nación, como para que quedara inscrito en la mente de los venezolanos la obligación legal de oficiales, suboficiales, clases y soldados del Ejército, la Marina, la Aviación y las Fuerzas Armadas de Cooperación.

Luego vendría lo segundo que era darle rango constitucional a esta subordinación del poder militar al poder civil, pero quizás más importante desde el punto de vista político --como para limar asperezas e ir sembrando confianza-- era darle lugar ejemplar a las naturales y legítimas aspiraciones de los miembros de la institución castrense; es decir, ocuparse de las Fuerzas Armadas. Betancourt no escatimó esfuerzo alguno en contemplar esto desde su discurso de toma de posesión:

“He podido apreciar que en los venezolanos dedicados al servicio de la patria en la institución castrense, prevalece un afán de superación, de estudio, de trabajo, dentro de un concepto de profesionalización y apoliticismo de la institución”.

En un contexto de comprensión y claridad sobre su situación socio-económica, se le daban así a este sector de la sociedad los lineamientos sobre los que se desarrollaría su acción dentro del nuevo orden político: profesionalización y apoliticismo. Lo que significaba sostener, a costa de lo que fuese, el gobierno legítimamente constituido. Al garantizar los militares el orden público y la seguridad nacional, al cumplir con su obligación legal y su definición institucional, de lo demás se encargaría el poder civil: “El gobierno constitucional les prestará la debida atención, por considerar que son imprescindibles para la República”. Atención que se traduciría en una política de

mejoramiento de sus niveles de vida, modernización y equipamiento de sus diferentes unidades, amplios beneficios socioeconómicos.

2.- “LA GESTIÓN POLÍTICA Y ADMINISTRATIVA DEL GOBIERNO DEMOCRÁTICO”

“Si algún empeño nos anima es el dejar echadas en estos cinco años de gobierno las indestructibles bases de un Estado moderno, no sólo respetuoso de las libertades públicas y de los derechos humanos, sino también dotado de la herramienta de un sistema administrativo ágil y de equipos humanos aptos para su eficiente manejo”³⁷.

Dado el contexto anterior, de modernización del Estado, de construir la modernidad a partir suyo y de los recursos que produce el petróleo, quedaban por ver las circunstancias en que se desarrollaría este itinerario. Estas circunstancias serían la verdadera prueba del poder. No bastaba la idea y la estrategia modernizadora, no bastaba el empeño en la acción concertada por parte de los partidos políticos protagonistas de la nueva etapa, tampoco sería suficiente ni la labor de conjunto ni la resuelta y decidida convicción democrática. Si algo había caracterizado la política criolla era lo fortuito de su devenir. Lo único estable parecieran ser los gobiernos de fuerza. Un bisoño gobierno constitucional, popular y de coalición tripartita tendría que hilar muy fino para estabilizarse. Betancourt, líder curtido en treinta años de luchas, tenía las condiciones, la experiencia y la habilidad política necesarias para llevar adelante el experimento. Su voluntad de poder se revelará en todo su esplendor, más en la implementación de un modelo político y de desarrollo económico que en el simple ejercicio de conducir la administración pública. Lo primero sería no volver a convertir a Miraflores en máquina de hacer apresurados decretos, sino partir del inventario sereno de las necesidades más apremiantes del país, así como de una evaluación de las posibilidades para afrontarlas. Esta sería la tónica de la gestión política y administrativa:

“Vamos a discutir aquí [...] en un ambiente de franqueza y de cordialidad en torno a los problemas del país y a la forma más idónea de abordar su solución, porque un

³⁷ Palabras en la instalación de la II Convención de Gobernadores, Caracas, 13 de agosto de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 115..

denominador común nos une, al margen de cualquier divergencia de carácter ideológico o doctrinario, la preocupación por servirle con lealtad a Venezuela”³⁸.

Puestas por delante estas cuestiones de vital importancia, habría que pasar a esbozar aquellos principios de gobierno. Esto lo fue haciendo Betancourt en la medida en que se iba reuniendo con los distintos sectores organizados del trabajo y la producción, así como con los demás factores de poder.

“Gobernar es dialogar”

En este segundo mandato, Betancourt tiene más claro aquellos principios que subyacen al lenguaje (siempre “sencillo y llano”) en función de un gobierno democrático. Uno de ellos es el diálogo permanente, el intercambio de ideas compartidas con empresarios, militares, estudiantes, el clero, los sindicatos, los grupos profesionales. Estar a la cabeza de un gobierno de este tipo no es más que hacer de intérprete de la voluntad de la mayoría nacional. Más aún en circunstancias en que el país reclama enrumbarse definitivamente por caminos estables y democráticos. Además, en un gobierno pluripartidista, se trata de rebajar el tono personalista e individualista. Cuando se habla, se actúa en nombre del gobierno y de las fuerzas en él representadas; cuando se habla se busca el consenso, el entendimiento entre sectores. Esta es, *grosso modo*, la dinámica del discurso del poder. Evitando las fricciones a que conllevan fórmulas extremas, Betancourt se dirige en este estilo y de manera permanente a los diferentes sectores que integran la nación. El trato y la atención a la diversidad de planteamientos sería paritario:

“Así como hemos venido a dialogar con los hombres de empresa de Venezuela, nos reuniremos mañana, dentro de algunos meses, con los trabajadores de la República cuando se den cita en algún sitio de nuestra geografía y estructuren su Confederación de Trabajadores de Venezuela” (ibid, p. 25).

El interés básico, demagogia o mezquindades aparte, era mantener un contacto permanente con la opinión pública; giro estratégico para mejor conducir e influir esta opinión, pero también era oportunidad magnífica para informar de planes y realizaciones del gobierno. “Diálogo y no ensimismamiento” era una frase comúnmente repetida por Betancourt. Dialogando se le salía al paso a las constantes especulaciones periodísticas o a

³⁸ Palabras de Betancourt al inaugurar la Primera Convención de Gobernadores, Miraflores, 13 de marzo de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 24..

aquellos rumores interesados políticamente sobre la desestabilización del gobierno; saliendo del estado de sí mismo la respuesta del Jefe de Miraflores será invariable, convertida en suerte de *ritornello* que buscaba garantizar a sus distintos interlocutores cuán apuntalado estaba el poder:

“Puedo garantizarle al país que dentro del gobierno hay unidad, entendimiento y deseo de todos de servir a Venezuela. Diré con seguridad absoluta, que son inmovibles las bases de este Gobierno. Tiene un vasto aval de opinión pública y tiene respaldo pleno de las Fuerzas Armadas venezolanas”³⁹.

En el acto de clausura del III Congreso de los Trabajadores, donde se reestructuró la C.T.V. --recordemos que su primer Congreso se realizó en 1947, durante otro gobierno presidido por Betancourt-- vuelven a aparecer palabras de estabilidad y solidez del gobierno inspiradas en la pasión de libertad, espíritu de justicia y en la organización popular:

“Ahora el pueblo de Venezuela y sus estamentos calificados: obreros, campesinos, empleados, tienen fe en su organización. La estructuran y constituyen así un inerte pero poderosísimo ejército civil que, unidos a otros sectores sociales también organizados, entre ellos las Fuerzas Armadas, va a darle a Venezuela la posibilidad de un gobierno estable, de un gobierno constructivo, de un gobierno creador”. (ibid, p. 167).

Durante la mayor parte de 1959 el gobierno mantuvo un estrecho contacto con distintos sectores organizados de la sociedad mediante la palabra, los planes y las obras. Betancourt por igual se reunía con los trabajadores para hacerles saber las medidas en marcha y las proyectadas para mejorar el nivel de vida colectivo, lo que se hacía “en el lenguaje que ya me es habitual, sin grandilocuencias retóricas ni palabrería rebuscada”⁴⁰; o con empresarios, sectores de la banca, altos ejecutivos, educadores, estudiantes o productores agropecuarios. Para los campesinos, principal base social del gobierno, las palabras eran más contundentes, acaso por tocarles más de cerca los problemas nacionales. En la ocasión de la clausura del Primer Congreso Campesino de Venezuela, el 2 de junio de 1959, anunciaba Betancourt:

“[...] está en marcha todo un plan articulado, realista, para ser ejecutado enérgicamente, a fin de incorporar a la producción y al disfrute de los goces

³⁹ Exposición ante la Asociación Venezolana de Ejecutivos, Caracas, 15 de abril de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 42..

⁴⁰ Mensaje a los trabajadores en su día, Caracas, 30 de abril de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 57..

fundamentales de la vida, a ese inmenso sector marginal de nuestra población, constituido por el campesinado” (ibid, p. 59).

Vale destacar algo que ya se había considerado más arriba: la importancia que Betancourt daba a la planificación, como condición básica para llevar adelante una eficiente gestión de gobierno. Moderna herramienta de la gerencia pública, el planeamiento conjunto permitiría acoplar proyectos y sectores de aplicación a escalas regional y nacional, pero también lindaba su uso con el ejercicio del poder. Esta importancia se pone de manifiesto en las siguientes palabras dirigidas a sus gobernadores:

“Desde luego que la planificación es una tarea ardua y nueva en el de por sí difícil arte de gobernar. Pero es tarea esencial, y lo es por lo complejo de las distintas y variadas funciones de gobierno, tanto en el campo económico como en social”⁴¹.

El acto de conmemoración del primer aniversario de la elección presidencial, en Miraflores, el 7 de diciembre de 1959, fue ocasión propicia no sólo para resaltar aquellas históricas elecciones libres, las primeras luego de una década de gobiernos impuestos por las armas, sino para volver a la carga contra las tesis positivistas —¿hasta dónde estuvieron los recientes gobiernos militares aún influenciados por ellas?— de la incapacidad del pueblo para ejercer sus derechos democráticos y ciudadanos, el derecho al sufragio, entre otros. Ya durante las horas y los días del trienio, con la novísima implementación del sufragio universal, Betancourt había tenido la oportunidad de rechazar estas tesis. La oportunidad y las circunstancias hacían que fuese necesario refutarlas una vez más:

“Que Venezuela era nación inepta para el ejercicio pacífico del sufragio ha sido mineralizado argumento de los sociólogos de encargo que rentaron sus talentos y sus plumas a los dictadores llegados por asalto al poder. Los hechos, reiterados, han demostrado la falsedad de esas teorías elaboradas en las retortas del oportunismo y de la adulación, para justificar a posteriori el hecho de fuerza pretoriano” (ibid., p. 183).

Venezuela, “*cita con su destino*”

Que en un año de gobierno la nación se estuviese reconciliando con su propio destino era gruesa creencia que el discurso del poder habría de explicar. Quedaría por ver lo del pueblo y su destino, la relación del poder con el destino de Venezuela, fuese este de luminoso futuro o de oscuras promesas incumplidas: ¿cómo se fijaría éste en el horizonte

⁴¹ Palabras de Betancourt en la instalación de la II Convención de Gobernadores, Miraflores, 13 de agosto de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 115..

colectivo? ¿qué garantizaba que de verdad este destino fuese el democrático? ¿Es sólo en democracia que un pueblo se decide a asumir la autonomía de su destino histórico? Las respuestas requerían argumentos de sensato optimismo, pero además requerían de una gran pasión, de una sensata preocupación y especialmente del deseo de acertar. Las palabras para señalar el umbral de un nuevo año de gobierno contenían estas cualidades y además eran promisorias. Betancourt, en la oportunidad de despedir al año 1959 (“año difícil para el gobierno ha sido éste”⁴²), proyectaba así lo que vendría:

“El de 1960 será un año de singular significación para Venezuela. Superada la inevitable etapa de reajuste, planificación y escogencia de caminos en la acción administrativa, la del año que se inicia estará signada de mayores resultados positivos. El desprestigio cada día mayor de los minoritarios grupos de inadaptados al nuevo modo de vida de la nación liquidará los restos de desconfianza que aún puedan quedar en algunos sobre la sólida estabilidad del régimen constitucional” (ibid, p. 197).

Para celebrar el primer año del gobierno constitucional y ante algunos brotes de terrorismo político y desórdenes callejeros, lo políticamente correcto sería realizar un gigantesco despliegue de fuerzas populares, donde estuviesen presentes los partidos de la coalición, sectores económicos, sindicatos, organizaciones profesionales, estudiantes, maestros, profesores. Todos estos batalladores hombres y mujeres de la nación se reunieron el 13 de febrero de 1960 en la plaza O’Leary de El Silencio. Betancourt tomó la palabra cuidándose muy bien de hablar como Jefe de Estado (“Hoy vengo a hablar como rector de un gobierno de coalición y como Presidente de todos los venezolanos”). La concurrencia fue tan amplia como amplio habría de ser el significado de su discurso. No era poca sorpresa para los venezolanos que un gobierno constitucional hubiese llegado a su primer año. Esto animó de fe al orador para saber al régimen democrático “sentado sobre bases graníticas”:

“De esas bases graníticas la fundamental ha sido y será la decisión de siete millones de venezolanos de erradicar para siempre de nuestro país los sistemas de fuerza y arbitrariedad, para ser gobernados por regímenes de derecho enmarcados dentro de las normas inexorables de las leyes. Tenía, además, confianza en que éste iba a ser un gobierno nacido no bajo el signo del exclusivismo sectario sino de la unidad nacional representada por los tres grandes partidos de la coalición [...] y por la vasta

⁴² Aseveración hecha en la oportunidad de presentar su mensaje anual al Poder Legislativo, el 29 de abril de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 263..

masa de venezolanos que no están agrupados bajo tiendas partidistas [...]” (ibid, pp. 223-224).

Parafraseando al Abate Sieyes de la Revolución Francesa (aquel cura a quien le tocó inventar la idea de la nación moderna, sustentada en la teoría de la representación política en su *Qu'est-ce que le tiers état?*, 1788) ironizaba Betancourt acerca de aquel primer año expresando: “He sobrevivido [...] Este gobierno no sólo ha sobrevivido sino que ha hecho obra” que ya era bastante, mas no suficiente. Quedarían aún muchas horas y días por sobrevivir; especialmente, quedaban numerosas pruebas y difíciles momentos que afrontar. El año 1960 prometía ser prolifero en conflictos políticos, pero también en materia económica internacional y, en consecuencia, prometía ser movido en las relaciones con sectores foráneos. Por lo que era conveniente traer al escenario el inefable tema del nacionalismo, lucía necesario hablarle a la multitud del nacionalismo y precisar lo que por él entendía el gobierno:

“[...] hay dos formas de hacer nacionalismo: el nacionalismo demagógico, palabrero y gritón; o el nacionalismo que defendiendo los intereses de Venezuela y de sus trabajadores, no está importando del exterior lo que se ha bien definido como ‘odios estratégicos’ [...] el capital extranjero vendrá a Venezuela, no a aspirar privilegios especiales, ni a pretender que nosotros procedamos como los ingenuos aborígenes del siglo XV, quienes cambiaban su oro por collares de vidrio. Tenemos conciencia del valor de nuestras riquezas y no estamos dispuestos a entregárselas a cualquier precio al primer postor” (ibid, p. 226).

Se le hacía claro a Betancourt que las relaciones con el capital extranjero eran fundamentales para llevar adelante su proyecto de desarrollo. Con sólo el ahorro interno, sin avances tecnológicos, no podría sacársele el provecho requerido a la industria petrolera. De allí la necesidad de una inversión extranjera regulada por criterios nacionalistas como los definidos. La ocasión y el tema eran propicios para anunciar los planes de creación de una empresa nacional del petróleo que actuaría “como explotadora productora y refinadora del aceite negro, porque treinta años después de establecida la industria petrolera en el país, es una vergüenza para los venezolanos el que nosotros no manipulemos directamente una parte de la producción”. Anuncio que se haría realidad el 19 de abril del mismo año 1960 – fecha escogida como para darle más realce simbólico a la decisión, al festejarse ese día los 150 años del emancipador 19 de abril de 1810-- cuando por Decreto Ejecutivo se creó la Corporación Venezolana del Petróleo.

Acaso sean estos anuncios los que alentaron a Betancourt para hablar en aquella ocasión del reencuentro de la nación con su destino. El primer año de gobierno había transcurrido bajo la tenacidad de preservar su existencia, y asegurar las condiciones para construir un orden constitucional y democrático. Esto a pesar de que en su seno persistían hondos problemas socioeconómicos, tales como la desocupación, falta de viviendas, altos precios de los alimentos, medicinas y alquileres. El llamado final iba en la dirección productiva:

“Yo quiero hacer aquí un llamado al trabajo, al trabajo creador. Que pongamos a un lado el *manguareo*, y la frivolidad, y el nuevorrriquismo derrochador. Pensar que necesitamos forjar una patria y que tenemos las condiciones y las capacidades para hacerlo” (ibid, p. 226).

Se han presentado en esta parte del estudio preliminar los principales enunciados que van creando un orden constitucional democrático en el país. La transición desde un régimen dictatorial no podría aspirar algo distinto que auspiciar nuevos aires de constitucionalidad y democracia, legitimados por unas elecciones libres. En el nivel del discurso parecía superada la provisionalidad del orden democrático, si a un nuevo tipo de relaciones entre el poder público y la soberanía mediadas por las instituciones, y a la claridad y solidez de los conceptos y principios esgrimidos nos atenemos. De manera apremiante habría que conjugar lo político con lo social. De un extremo a otro del país se hacían sentir los reclamos y aspiraciones colectivas para resolver los problemas acumulados y los de nuevo cuño de la sociedad venezolana. Más allá de procedimientos mágicos, de lo que se trataba era de articular el orden del discurso con el orden de la acción política, y en esta última sería donde el conflicto social mostraría el verdadero rostro de las fuerzas e intereses en juego.

III.- SENTIDO DE LA ACCIÓN POLÍTICA

“Trabajar más y polemizar menos parece ser la vía abierta para alcanzar esa meta. Desarmar los espíritus enguerrillados; buscar fórmulas de avenimiento entre todos, cualesquiera que sean las ideologías de grupo y de individuos, porque todos somos venezolanos, y a todos nos corresponde un quehacer y una cuota de responsabilidad en el esfuerzo común para darle remate a

*la obra de forja de una patria que se inició hace 150 años [...]*⁴³.

El final de la dictadura militar y la construcción de otro orden político-social traen consigo nuevas redistribuciones del poder que se harán evidentes en el campo de la acción política. En primer lugar, la presencia dominante de los partidos políticos modernos, es decir, de aquellas agrupaciones democráticas de masas, como agentes de cambio social. En segundo lugar, las grietas que se producen –bajo la forma de divisiones– en el seno de estos mismos partidos por donde aflorarán otras redistribuciones del poder que harán más complejo el escenario de la acción. Finalmente, aparecerán las influencias foráneas sobre la política criolla que también modificarán el tablero político. Durante todo el año 1959, los firmantes de Punto Fijo se habían mantenido leales al compromiso adquirido. Los avances realizados y la necesidad de estabilización presumían la conveniencia de mantener el régimen de coalición en el Poder Ejecutivo (Gabinete, Gobernaciones y otras dependencias del Estado) de los tres grandes partidos nacionales y de sectores políticos independientes. Todo dependería del sentido y el ritmo que el gobierno le imprimiera a los acontecimientos y a su propio proyecto político. En esta materia, las cosas se comportan como un magma de acciones y reacciones, de posturas e intereses. En tres materias básicas para la construcción del nuevo orden político-social, el gobierno dejará su impronta en materia de pensamiento y de acción para el futuro del país: la cuestión agraria, la política del petróleo y la reforma constitucional.

1.- ACCIÓN DEL GOBIERNO CONSTITUCIONAL “CON VISIÓN Y PREOCUPACIÓN VENEZOLANAS”

“El problema agrario [...] es tan viejo como nuestra nación”

Desde su peregrinar evangelizador de 1958 sobre los más acuciantes problemas venezolanos, Betancourt lleva a la tribuna pública el tema de la reforma agraria y el pensamiento que al respecto tiene su partido. En el pasado inmediato, se reconocía un malestar económico y social de la masa rural atribuido a los gobiernos dictatoriales por su desidia en relación a la educación popular y a la justicia social en el campo. Malestar que asienta sus raíces en el mismo proceso histórico colonial. Constatación que lleva de

⁴³ Llamado a la conciliación hecho por Betancourt ante el Poder Legislativo, al presentar su I Mensaje anual, el 29 de abril de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 351.

inmediato a que el problema agrario sea concebido no de manera simplista, de solo reparto de tierras entre el campesinado, sino “como una acción de conjunto, compleja”. Abordable con una “ley realista que contempla el problema agrario venezolano en sus distintas modalidades [...] una ley pragmática, que no se guía por criterios prefijados y dogmáticos, sino que a la compleja situación agraria de nuestro país le da soluciones varias”⁴⁴.

La Reforma Agraria resultaría no una política más, sino la respuesta al reclamo de justicia social latente entre las mayorías rurales del país, pero también condición de independencia económica. En el cierre de su campaña electoral de 1958, Betancourt insistirá que bajo su gobierno se llevaría a cabo una reforma agraria pacífica (“no con métodos violentos, no lanzando al campesinado sin tierras en tropel desorbitado sobre las haciendas particulares”) mediante la promulgación y aplicación de una Ley Agraria emitida por el Poder Legislativo, en la mejor tradición democrática e institucional. Estos serían los términos de la cuestión:

“No se trata de un sueño irrealizable: en toda Venezuela podrá hacerse y se hará, si el pueblo me lleva a la Presidencia de la República, una Reforma Agraria que, sin lesionar intereses legítimos, incorpore a la producción y al consumo la enorme población marginal que vive en los campos” (ibid., p. 318).

Lo de realista y pragmática se refería, entonces, a lo concreto: distribución de la tierra entre la masa campesina (aproximadamente entre unas 350.000 familias campesinas diseminadas a lo largo y ancho del territorio), dotación de recursos educativos y de infraestructura, otorgamiento de créditos y herramientas tecnológicas para su verdadera incorporación al proceso productivo nacional.

Apenas cumplido el primer año del gobierno constitucional, el 5 de marzo de 1960, se estaba promulgando la Ley de Reforma Agraria⁴⁵. Era éste el tercer intento jurídico-institucional por encarar el problema agrario nacional. El primero había ocurrido al final del gobierno del general Medina Angarita (septiembre de 1945); mientras que al segundo le había correspondido poner el ejecútase presidencial a un gobierno de AD: aquel presidido por Rómulo Gallegos, el 18 de octubre de 1948. Ambos instrumentos fueron casi letra muerta dadas las coyunturas políticas en que se realizaron. La nueva oportunidad de 1960

⁴⁴ Conferencia sobre la reforma agraria dictada en la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 21 de noviembre de 1958, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 309-310.

⁴⁵ Sobre su discusión en el Congreso Nacional, ver *La Ley de Reforma Agraria en las Cámaras Legislativas*, 2 tomos, Publicaciones de la Secciones de Información y Prensa del Congreso Nacional, Caracas, s/f.

sería la verdadera oportunidad para conseguir algunos resultados tanto a corto como a mediano y largo plazo.

Se escogió simbólicamente al Campo de Carabobo como lugar para promulgar la novedosa Ley. Ningún lugar más adecuado que éste para evocar un pasado glorioso, para exaltar la gesta heroica a la que está tan acostumbrado el pueblo venezolano. En fin, era este el lugar propicio para convocar al país a una gesta revolucionaria entre esa vasta porción campesina, económicamente marginal⁴⁶. Venezuela, como toda sociedad, necesitaba de medidas concretas pero también de la creación de símbolos para asegurar, entre otras cosas, la cohesión mental de sus miembros; pero, había más, a través de la creación y uso de tales símbolos las representaciones se convertían en realidades: es la historia de la producción simbólica que contribuyó a fijar el orden democrático en la cultura política venezolana. Daba la impresión de que así como la batalla librada en aquel escenario había cerrado la independencia política venezolana de España, el nuevo instrumento jurídico cerraría 150 de años de calamidades sobre el pueblo rural. Al fin de cuentas Betancourt convocaba para anunciar la otra independencia de Venezuela: la tan anhelada independencia económica. Como siempre ha ocurrido en el país, a nivel del orden de la representación, cualquier empresa de superación económica o social se vincula inmediatamente a la gesta emancipadora de 1810 y, en consecuencia, al inefable legado del Libertador Simón Bolívar, quien habría sido el inspirador de tal reforma. Contrario a la violenta epopeya de Carabobo, ésta sería por sobre todas las cosas pacífica. Así lo asegura el orador al señalar:

“Por eso me siento autorizado para decirle a la nación que así como no hubo motines y desórdenes en el campo antes de entrar en vigencia la ley que hoy se sanciona, mucho menos se presentarán en el futuro”⁴⁷.

En presencia de una amplia asistencia, que incluía a líderes agrarios, a sectores campesinos, a representantes de los tres partidos políticos de la coalición gubernamental, a gobernantes regionales, Betancourt estampa, no sin cierto orgullo, y con mucha conciencia histórica sobre el sentido de aquel momento, su firma “en un documento para ser leído por los nietos de nuestros nietos como una segunda Acta de la Independencia de Venezuela”.

⁴⁶ Sobre el problema agrario, ver Instituto Agrario Nacional, *La Reforma Agraria venezolana, 1959-1963*, Caracas, 1964; también Araujo, O., *Venezuela violenta. Ensayo*, Ediciones Espérides, Caracas, 1968.

⁴⁷ Discurso en el acto de promulgación de la Ley de Reforma Agraria, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 247.

Como suele suceder, los diferentes actores nacionales nunca cesan de interrogarse acerca del balance positivo o negativo de una política de tamaño envergadura como la política agraria. En esta materia no faltarán las voces críticas y las complacientes. Acaso, ¿con esta Ley se podría considerar saldado el balance histórico con las masas campesinas? No está dentro de los parámetros de estas páginas evaluar ni este punto ni otras consecuencias relativas al latifundio o a la función social de la propiedad privada de la tierra. Quede el testimonio directo del pensamiento que acá presentamos. Siempre postuló Betancourt que si este tema era hartamente complejo, complejas habrían de ser sus soluciones. Al año siguiente de implementada la Reforma Agraria, en su Mensaje ante el Congreso Nacional, no añadiría a sus opiniones otra cosa que la voluntad del esfuerzo y su compromiso habría de seguir adelante en esta materia: “De impulsar este proceso con tenacidad adquiero un compromiso público”⁴⁸.

La persistencia nacionalista: “*Hacia una política nacional de petróleos*”

Betancourt descubrió la cuestión del petróleo y su significación para Venezuela desde los días de las luchas antigomecistas, por allá por 1929. Y desde entonces no cesó de estudiar el tema, a través de lecturas sistemáticas, observación de la realidad y recolección de información. Casi tres décadas pasaron antes de ver la luz su obra magna, de investigación y escritura bastante accidentada: *Venezuela: política y petróleo* (1956).

En esta importante materia las cosas no se alterarían radicalmente. Es que acaso estas nunca fueron radicales. En una suerte de “examen de conciencia” propuesto por Betancourt desde su arribo al país, para considerar “lo que en definitiva somos”, analizando rumbos y potencialidades, el tema del petróleo no podía escaparse a este ejercicio de connotación religiosa.

En las relaciones del Estado con los agentes internos, quizás la actitud que marca una diferencia en el tratamiento de la cuestión petrolera, en relación al pasado, y que se inscribe dentro de la onda de la concertación y la “tregua política”, es considerar que esta es una cuestión nacional y que no puede ser manejada exclusivamente --como antes-- por un partido o sector de la sociedad. Por el contrario, en tono de amplitud se anunciará la voluntad de crear una estructura institucional que represente a todos los sectores políticos,

⁴⁸ Tercer Mensaje Constitucional presentado ante el Congreso Nacional, 11 de marzo de 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 500.

económicos y técnicos: una Comisión Nacional de Petróleo. Las palabras no hacen sino reflejar las intenciones:

“Por considerar este problema del petróleo de tanta magnitud, creo que desborda los límites del planteamiento unilateralmente partidista”⁴⁹.

Una vez definido el modo de articulación de las relaciones del Estado con sus agentes internos, éstos se encontrarían en condiciones para negociar con los agentes externos, esto es, las compañías petroleras. La lógica seguiría siendo la misma: reclamar la mayor participación posible en una riqueza que es de la nación. En cuanto a la estructura rentista de la economía y de la mentalidad venezolana no habría marcha atrás. Ni siquiera se consideraba, por improbable, aquel fantasma que siempre rondaba al Estado rentista: la restricción de la compra de petróleo por parte de nuestro principal consumidor, los Estados Unidos. Betancourt conocía muy bien, siempre había conocido, la dinámica del mercado petrolero internacional. Y, por sobre todas las cosas, también conocía la dinámica del binomio “política y petróleo”. De allí que tanto en materia de producción como de precios se sabía que entre el Estado propietario y las Compañías Petroleras usufructuarias había coincidencia de intereses. No más gritos anti-imperialistas, ni en la calle ni en funciones de gobierno, ahora se imponía la negociación en términos mucho más reposados: “A Venezuela lo que le interesa, y de paso a Estados Unidos como nación, es que logremos estabilizar la producción a un nivel determinado [...] entonces podríamos lograr producir menos petróleo, agotar menos rápidamente una riqueza típica no renovable, y al propio tiempo obtener ingresos iguales o mayores, de los que estamos obteniendo actualmente” (ibid, p. 59).

Con esto se espantaba el fantasma de la nacionalización, al igual que aquel *desideratum* de reclamar, más allá de sus límites reales, la participación del Estado venezolano en el negocio petrolero (“resultaría una aventura irresponsable la idea de la nacionalización de la industria petrolera”). Alguna lección habría de quedar luego de décadas de explotación del negro y codiciado mineral: “De mi experiencia de gobernante saqué la conclusión de que con las Compañías petroleras se puede tratar en un plano de negocios sobre una industria que ya para nosotros no tiene secretos cabalísticos” (ibid, p.

⁴⁹ “Visión general de los problemas económicos y sociales de Venezuela” (conferencia de Betancourt en Valencia, 5 de junio de 1958), *Posición y...*, op. cit., p. 59.

61). Lo que emanaba de estas posiciones era “responsabilidad”. Con un gobierno enérgico, responsable y, por si algo faltare, con amplio apoyo popular, el tema de la estabilización de la producción, de los precios y de la participación de la Nación en el negocio petrolero se colocaban a la orden del día para aliviar tensiones y generar apoyos internacionales a un orden democrático que renacía de sus propias cenizas.

En vísperas de ganar unas elecciones, presagiando lo que sería su política petrolera en un futuro gobierno, nada extraordinario habría que añadir a lo anterior. Sólo habría que presuponer que la ejecución de la política de petróleos sería un asunto de gobierno:

“[...] para eso no será necesario que a ustedes se les llame a concentraciones populares: ese será un problema de gobierno que se resolverá serenamente; pero como problema de gobierno, será resuelto con método de gobierno”⁵⁰.

Una vez al frente del Estado, Betancourt acelerará la creación de los instrumentos institucionales para fundamentar su política de petróleos: el primero sería de carácter nacional. El 19 de abril de 1960, como siempre sacando ventajas de las representaciones simbólicas de la nación venezolana, dentro del conjunto de celebraciones de tan patria fiesta, se crea por Decreto presidencial (número 260), satisfaciendo una promesa electoral, la Corporación Venezolana del Petróleo. Era ésta una empresa nacional que de inmediato despertó el entusiasmo de los sectores nacionalistas y, como era de esperar, la reacción de las compañías petroleras. Más de cuatro décadas después del inicio de la explotación petrolera, Venezuela se daba su empresa nacional petrolera, con un aporte inicial del gobierno de 2.5 millones de bolívares, con miras a su autofinanciamiento en el corto plazo. Expectativas y resultados eran puestos al servicio de la nación:

“De ahora en adelante, de las actividades de la Corporación Venezolana del Petróleo los venezolanos derivaremos mayores conocimientos y experiencia, aun cuando sea al iniciarse un modesto, pero activo instrumento en el panorama petrolero”⁵¹.

Ya no se sería más espectador pasivo en los procesos de explotación, refinación y comercialización del oro negro. Se trataba de abrir para la nación –y junto a ella, para nuevos sectores sociales-- el compás del negocio petrolero (“vamos a intervenir en el

⁵⁰ Discurso de Betancourt con motivo del cierre de campaña... de 1958, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 320.

⁵¹ Plan cuatrienal de gobierno presentado ante el Congreso nacional, 29 de abril de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 316.

negocio”). No obstante, no vendría esta Corporación a forzar o a desarticular los mercados de la industria privada. Por el contrario se garantizaba la “coexistencia pacífica” entre ambas: “El gobierno de Venezuela mantiene relaciones normales y amistosas con las compañías productoras de petróleo establecidas en el país”⁵². También su naturaleza era definida públicamente: por una parte, se aseguraban “sus bases sanas”; al igual que el estilo de su administración: “con métodos sanos y no de politiquero ni de burocratismo”⁵³.

El segundo instrumento institucional sería de naturaleza internacional. Desde mayo de 1960 se habían reunido los Ministros de Asuntos Petroleros de Arabia Saudita y de Venezuela para considerar la adopción de una política común, por parte de los países exportadores de petróleo, en materia de precios. El 14 de septiembre de 1960 se firmó en Bagdad el acuerdo que creó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Diez días más tarde, el acuerdo adquiría rango oficial en Teherán, Kuwait, Ryad y Caracas, “así quedó constituido un verdadero compacto internacional del petróleo”⁵⁴. Buscaba la nueva organización consolidar una comunidad de intereses de carácter internacional en los asuntos vinculados al petróleo: defensa de los precios, distribución de los mercados, regulación de la producción. Asuntos todos que permitirían obtener los mejores beneficios para las sociedades de estos países productores del “jugo negro de nuestros suelos”. Luego de constituidos este par de instrumentos de política petrolera, el mensaje de Betancourt no podía ser más esperanzador:

“Ojalá que nuestro petróleo, materia internacional por excelencia, y poderoso factor de desarrollo, al continuar fluyendo hacia los diversos centros de consumo contribuya a consolidar la paz universal basada en el progreso y la justicia. Este es nuestro voto y nuestra convicción” (ibid., p. 479).

De manera que durante el tiempo del quinquenio sus posiciones en relación al recurso natural, al capital petrolero internacional y a las relaciones entre el Estado venezolano propietario del recurso y las compañías petroleras explotadoras del mismo, permanecieron substancialmente invariables en relación al pasado: 1- Participación activa del Estado –como propietario del recurso y personero de la nación-- en las actividades de la

⁵² Mensaje a la nación en el comienzo del nuevo año 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 477.

⁵³ Palabras de clausura en la XVI Asamblea Anual de Fedecámaras, Cumaná, 28 de mayo, 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 362.

⁵⁴ Discurso de inauguración de la II Reunión de la Conferencia de la OPEP, Caracas, 16 de enero, de 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 476.

industria petrolera; 2- Constitución por parte del Estado de una empresa nacional de petróleos; 3- Creación de una empresa estatal de transporte marítimo petrolero; 4- Incrementar las actividades de refinación del petróleo en el territorio nacional; 5- No otorgar nuevas concesiones a compañías extranjeras para la explotación del petróleo nacional; 6- Optimizar la participación del Estado venezolano en las ganancias de las compañías petroleras (“las compañías petroleras deberán pagar mayores impuestos”); 7- Invertir estas ganancias (“98% de las divisas que ingresan al país son divisas del petróleo. Más de las dos terceras partes de los ingresos fiscales son ingresos del petróleo⁵⁵”) en forma reproductiva.

Ligar el acto pragmático en materia petrolera con la ideología nacionalista, siempre estuvo entre las estrategias discursivas de Betancourt. El Estado propietario, en tanto socio de las compañías petroleras, velaría por mantener estables las condiciones de la industria. El Estado cuidaba la normal ejecución de los contratos colectivos que regían las relaciones entre patronos y trabajadores del petróleo, mantendría a raya las huelgas o paros ilegales en el sector. De manera que condiciones favorables para el Estado, el fisco y la nación redundaría en condiciones favorables para las compañías explotadoras del mineral. Posturas realistas que no eran óbice para que no se fuese celoso de las posturas nacionalistas:

“Al propio tiempo hemos afirmado nuestra autonomía de conducta y nuestra lealtad a una política de indesviable nacionalismo económico [...] Con el mismo sentido autónomo de actuación en lo que se refiere al manejo y defensa de sus riquezas petrolíferas con que ha procedido el gobierno⁵⁶.”

La seguridad que da la convicción de que en materia petrolera el Estado venezolano, bajo la conducción de Betancourt, no actúa como quien vende una riqueza a precio de liquidación sino que le da un tratamiento responsable, con absoluta comprensión de la dinámica de los mercados, y de los intereses en juego es expresada por él mismo en afirmación con motivo de despedirse del poder. Vayan sus palabras por delante que son las que mejor resumen su pensamiento y acción en esta controversial e importante materia:

“Hemos gobernado con sentido nacionalista, y los logros fundamentales en la valorización de nuestras riquezas mineras y de control progresivo del país sobre ellos, tienen un sello: el de Acción Democrática. Hemos impulsado, con la ayuda

⁵⁵ “El petróleo en la economía venezolana”, Conferencia en la Cámara de Comercio de Maracaibo, 15 de septiembre, de 1958, *Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981...*, op. cit., p. 302-304..

⁵⁶ Mensaje a la nación en el comienzo del nuevo año 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, pp. 469-470.

crediticia y técnica, el desarrollo económico a través del sector privado, pero mediante alza de sueldos y de salarios y de otros arbitrios [...]”⁵⁷.

De igual forma, en esta materia es importante referir una postura de gobierno y una preocupación. En cuanto a la postura, me refiero al papel que jugaría el capital extranjero en el seno de ese proclamado “indesviable nacionalismo económico”, tal como lo propiciaba el nuevo orden político. Las diferentes y continuas manifestaciones de hostilidad por parte de diversas fuerzas políticas, incluso dentro del mismo partido AD, hacia el capital extranjero y contra los Estados Unidos, obligaban al Jefe del Gobierno a insistir en la plaza pública al respecto. Incluso habría que despejar cualquier duda generada desde su pasado militante en épocas de mayor animosidad y radicalismo verbal. Así, en relación al capital extranjero se insistía:

“[...] lo necesita Venezuela para contribuir al avance de aquel sector de nuestra economía que no puede crecer y desarrollarse con los solos recursos de la capitalización nacional”⁵⁸.

Y respecto a la relación del gobierno con los Estados Unidos, sin darle mucha trascendencia a los intereses en juego, Betancourt la calificaría con verbo parco como “relaciones normales”. El buen entendimiento interamericano sería favorable para todos y esto iría por delante en materia de política exterior, sería esta una conducta del más intransigente venezolanismo:

“Nosotros, los venezolanos, debemos actuar y proceder como venezolanos, y no importar, sin beneficio de inventario, lo que alguien ha llamado los ‘odios estratégicos’. Estamos empeñados en servirle a nuestro país, en ponerlo a marchar y nada ganaremos con hacerlo escenario, a control remoto, de episodios de la guerra fría [...] no seamos satélites y segundones embobalicados de conductas ajenas. Tengamos la nuestra propia” (ibid., p. 208).

En cuanto a la preocupación, en todo momento embargó a Betancourt la inquietud en torno a la mentalidad de país minero a que estaban expuestos los venezolanos, dada su secular dependencia de la explotación de una sola fuente de riqueza. Son numerosas las expresiones de esta preocupación, pero el argumento sustancial era el mismo. Se trataba de

⁵⁷ Palabras pronunciadas en la comida-homenaje ofrecida por Acción Democrática, Caracas, 13 de marzo, 1964, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 4, p. 369.

⁵⁸ Palabras al país, por la red nacional de radio y televisión, con motivo de actos terroristas y desórdenes callejeros, Caracas, 21 de enero de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 207.

remozar semánticamente la vieja tesis de la siembra del petróleo: “Debemos enfrentarnos [...] con la mentalidad de país minero que se ha creado en Venezuela. Debemos enfrentarnos a la tesis alegre de que los chorros de petróleo se traducen en cantidades inagotables de dólares y bolívares. La verdad es que estamos gastando una riqueza no renovable, perecedera y que debemos gastarla bien, aprovechando esta extraordinaria coyuntura de un país ganoso de hacer historia como es actualmente Venezuela, para que con esos dineros de una riqueza transitoria echemos las bases sólidas y perdurables de la nación venezolana”⁵⁹.

De “*esta Constitución dependerá la suerte de la República*”

Si el inicio del año 1960 estuvo signado por la agitación política y social, el siguiente año, enero de 1961, se cumplió un acontecimiento institucional (“digno de ser inscrito en piedra miliar en los anales de la República”⁶⁰) que daría raíz al nuevo orden político nacional y rostro al proceso de la revolución democrática. El 23 de enero se promulgó la nueva Constitución de Venezuela. Le había tocado a Betancourt promulgar dos textos constitucionales durante gobiernos presididos por él. Primero fue aquel de 1947; ahora llegaba el turno del nuevo texto al cual el futuro le depararía, a pesar de sus múltiples problemas, ser exitoso. Una Constitución vigente durante casi cuatro décadas, en el marco de la inestable historia constitucional venezolana, no podría ser calificada de otra manera. En 150 años de República, era ésta la número 26 de las constituciones promulgadas. El detalle histórico no pasaría inadvertido por Betancourt, cuando de manera profética señalaba: “Esta Constitución que hoy promulgamos –lo he dejado dicho—debe durar y durará, para que regule jurídicamente las relaciones democráticas entre Estado y nación, no sólo por el período de gobierno que terminará en 1964 sino por muchos otros más. Razones sólidas abonan esta creencia”⁶¹.

⁵⁹ Palabras al inaugurar la IV Convención de Gobernadores, Caracas, 15 de febrero de 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 489.

⁶⁰ Tercer mensaje constitucional presentado al Poder Legislativo, Caracas, 11 de marzo de 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 507.

⁶¹ Discurso pronunciado en el Capitolio Nacional al poner el ejecútese a la Constitución, 23 de enero, de 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 481.

Pero, además de exitoso por duradero, fue el de 1961 un texto constitucional realista y sensato, acaso por haber sido redactada por políticos con hondo sentido de la realidad y preclaros en relación al orden político a fundar⁶².

Dos años emplearon estos políticos en el examen, discusión y redacción de sus textos. En los debates prevaleció el consensualismo de Punto Fijo, manteniéndose el espíritu unitario del 23 de enero, y donde participaron los más representativos sectores de la vida nacional. La letra de la Constitución de 1961 se nutrió no sólo de la claridad, experiencia y astucia de los políticos, sino también del conocimiento de connotadas figuras jurídicas y económicas. Luego de una suerte de audiencia nacional para escuchar la opinión de sectores calificados del país, fue aprobada por 19 Asambleas Legislativas, con excepción de la de Monagas que no se pudo reunir⁶³. Una vez juntos los representantes de los poderes del Estado, y luego de la firma de Senadores y Diputados, le correspondió al Presidente Betancourt poner el ejecútese, acompañado de las siguientes palabras elocuentes en sí mismas de la utilidad de aquella normativa:

“Juro solemnemente ante el pueblo y ante mi propia conciencia, cumplir y hacer cumplir esta Constitución; respetar y hacer respetar sus normas, que sancionadas como han quedado adquieren entidad y categoría de mandato imperativo. Juro también que por respeto mismo a esta Constitución que hoy nace rodeada de la fe colectiva, y por lealtad a mi propia vida consagrada al establecimiento en Venezuela de un régimen de libertades públicas, utilizaré los instrumentos que esta Ley fundamental pone en las manos del Presidente de la República par impedir que el orden público se subvierta, sea cual fuera la bandera esgrimida y las consignas agitadas por los empresarios del motín [...]” (idem).

Esta Ley fundamental sancionada por el Poder Legislativo estaba llamada a regir la vida de la nación apegada a normas democráticas con derechos, libertades, equilibrio de poderes y principios de justicia y equidad. Si bien ningún texto constitucional abarca todo lo relativo a la construcción del orden político, sí señala los caminos por donde otras leyes pueden regular y organizar sus diversos aspectos. En el caso del recién promulgado texto, la centralidad del sujeto político y de los “métodos democráticos” descansa en los partidos

⁶² Existe otra versión acerca de la insatisfacción que expresara Betancourt en relación a esta Constitución por ser demasiado perfecta, “demasiado alejada de la dura realidad venezolana”. Lo cual no fue óbice para someterse a ella, aún en el estado de emergencia permanente en que transcurrió su mandato, ver Caballero, M., *Rómulo Betancourt, político de nación*, Alfadil-Fondo de Cultura Económica, Caracas, 2004, pp. 334-336.

⁶³ Velásquez, Ramón J., “Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo...”, en Ramón J. Velásquez et al. *Venezuela moderna...*, op. cit., p. 258.

políticos. Estos serían los vehículos mediante los cuales se expresarían y funcionarían aquellos ciudadanos políticamente organizados.

Una vez redactado y promulgado el instrumento institucional quedaba la interiorización de su letra y de su espíritu en la cultura política del venezolano. De eso se encargarían los partidos en tanto sujetos privilegiados del orden político y social. Leer, discutir, estudiar y meditar el instrumento garantizaría que no fuese un librito más, u otra Constitución de papel a las que se habían acostumbrado los venezolanos. Había que entender para hacer entender que era ésta fuente de deberes y bastión de derechos democráticos. En esta suerte de actitud pedagógica no cejaría Betancourt, quien nunca se contentó con hablar de su período de gobierno a secas, sino del eslabón que este significaba en una cadena indefinida de gobiernos democráticos y constitucionales, electos mediante el sufragio universal. Actitud pedagógica que deja clara en las siguientes palabras:

“Del respeto, filiable en lo religioso, con que gobernantes y gobernados acatemos y cumplamos esta Constitución dependerá la suerte de la República. La fe que me anima en los destinos de Venezuela me hace confiar plenamente en que los venezolanos no defraudaremos el compromiso por todos contraído en esta hora singular de la patria”⁶⁴.

2.- DINÁMICA DE LAS FUERZAS POLÍTICAS

“El Gobierno que presido fue objeto en el discurrir del año 1960 y en los comienzos de 1961 del acoso coincidente de fuerzas situadas en los dos extremos de la oposición y de la pasión políticas, de extrema derecha unas y de extrema izquierda otras [...] ambas interesadas en sustituir el régimen democrático y representativo de gobierno por otro de estirpe totalitaria”⁶⁵.

Acaso a estas alturas de la historia de Venezuela, pocos se atreverían a contestar el carácter democrático del gobierno constitucional de Rómulo Betancourt⁶⁶. Sin embargo, tal

⁶⁴ Discurso pronunciado en el Capitolio Nacional al poner el ejecútase a la Constitución, 23 de enero, de 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 482.

⁶⁵ Tercer mensaje constitucional presentado ante el Poder Legislativo, Caracas, 11 de marzo de 1961, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 501.

como se acaba de ver la trascendencia de su gobierno no consistió en inventar la democracia. El mismo estaría de acuerdo en afirmar que sólo significó un momento de un proceso que buscaría hacerse recurrente en la historia del país: ese doble esfuerzo de los venezolanos de conformarse como una sociedad democrática y dotarse de un régimen y una cultura política de legalidad y libertad. De ese doble movimiento también formaron parte momentos como el del año 1936, dotados de un gran sentido de unidad, de construcción, de empeño por conquistar la libertad y el renacimiento intelectual. O como lo fue el propio proceso desencadenado el 18 de octubre de 1945, días animados por poner a los venezolanos dentro de la tónica de los grandes cambios mundiales.

Todo comienzo experimenta una doble dificultad: la del comienzo mismo dispuesto a afrontar un nuevo diseño de las cosas y sus procesos, y la del afianzamiento del orden fundador en medio de un clima de situaciones complejas. Entre las más complejas aparecen en primera instancia la dinámica e intereses de la fuerzas políticas presentes en el escenario. A escasos seis meses de haber asumido el poder, el 4 de agosto de 1959, el gobierno hubo de enfrentar los primeros sobresaltos. Una manifestación –según la versión oficial sin responsabilidad política ni sindical-- de desempleados desencadenó enfrentamientos y desórdenes. De manera que la violencia y su corolario, por una parte; los estados de excepción, por la otra, caracterizaron el mandato betancourista. El propio Jefe del Estado trata de limar con su palabra las afiladas aristas de la violencia política que vendría al garantizar que: “[...] estos sucesos de Caracas no tienen proyección ni significación políticas. Se trata, simplemente, de motines promovidos por quienes engañaron a trabajadores y algunas personas de los barrios”⁶⁷. No obstante, se vivieron entre 1960 y 1963, según acertada metáfora, los días y las horas de una “democracia sobresaltada”⁶⁸;

⁶⁶ No faltarían, por supuesto, los actores políticos ubicados en el bando de la oposición al gobierno constitucional que consideraran como falsamente democrático el régimen. Es este el caso, entre otros, de Ramón Escovar Salom: “[...] un régimen policial sin respeto por la legalidad, sin modales democráticos, con pretensiones hegemónicas y continuistas [...] es el balance de la política actual”, “La ventana de papel / Una falsa democracia”, *El Nacional*, Caracas, 2 de mayo de 1963, p. A-5.

⁶⁷ Exposición al país con motivo de los desórdenes callejeros en Caracas el 4 de agosto de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 102.

⁶⁸ Sanoja Hernández, J., “La democracia sobresaltada”, *Golpes de Estado en Venezuela, 1945-1992. Crónicas, testimonios, reportajes y fotografías de la época publicados en el diario El Nacional*, (introducción Jesús Sanoja Hernández; compilación, notas y cronología Albor Rodríguez), Los Libros de El Nacional, Caracas, 2001, pp. 103-104.

pero democracia en fin, poco importan los calificativos. Lo importante fueron los resultados para la fundación de un nuevo orden político nacional.

Dignidad del peligro

Quien en la vida política asume los riesgos con la convicción de que actúa a favor de los intereses colectivos, quien además en su acción exhibe actitudes que lindan con la fe religiosa, es apto para afrontar heroicamente los riesgos. Sea o no la violencia política y social una desdicha superable, lo cierto es que en su combate deben asumirse la exaltación del coraje de la sociedad y la lealtad con los enemigos. Así, también en política es posible saber vivir la dignidad del peligro. Se me hace que Betancourt supo vivir esta dignidad. De la mano o no del maquiavelismo, como afirman algunos, lo cierto es que el despliegue de habilidad política exhibido en estos cinco peligrosos años, mostró en Betancourt una férrea voluntad de poder. Enfrentó desde el primer momento no sólo el acoso de la extrema derecha militarista y conservadora (criolla y foránea), sino también el de la extrema izquierda no menos militarista y radicalmente violenta, con razón “supo ser el piloto de la más rabiosa tormenta”⁶⁹. Hasta qué punto sus manos quemadas y vendadas, exhibidas a los venezolanos “desde mi cama de enfermo”⁷⁰ a través de las pantallas de la televisión, 24 horas después del mortal atentado presidencial del 24 de junio de 1960, así como tantos otros episodios y conductas sostenidas durante el quinquenio constitucional, son viva fe del heroísmo con que se afrontaron los riesgos, asumiendo sólida responsabilidad política e histórica frente al avance democrático y al desarrollo económico de la nación.

Como para abonar lo señalado en el párrafo anterior, añado que además le tocó al gobierno enfrentar: 1- Dos divisiones en el seno de los propios cuadros y bases de su partido; 2- El retiro el 16 de noviembre de 1960 de la coalición gubernamental de Unión Republicana Democrática (URD), uno de los firmantes y, en consecuencia, garante del Pacto de Punto Fijo. Esta correlación de fuerzas hacía que su piso político fuese más bien movedizo, bifurcando las luchas entre democracia-dictadura y democracia-comunismo. Para lo que se contaba, además de las fuerzas de la coalición, con el apoyo de “un pueblo

⁶⁹ Expresión de Mariano Picón-Salas, “Betancourt”, *Revista Política*, vol. III, No 32, Caracas, marzo de 1964., p. 36.

⁷⁰ Mensaje al país, un día después del atentado de los Próceres, Caracas, 24 de junio, de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 400.

hecho de buen material humano, el cual siempre ha sabido responder a los mensajes de contenido revolucionario y porvenirista, a los mensajes de equipos conductores animados de mística nacional”⁷¹.

El triunfo de la Revolución Cubana el primer día de enero de 1959 y la distancia que Betancourt observó frente a ella, vino a añadir una variable internacional a la política criolla (como lo pone Ramón J. Velásquez: “Cuba fidelista, tema venezolano”). El país quedó dividido entre quienes simpatizaban con el nuevo régimen caribeño y quienes lo adversaban. Ante una ofensiva de tamaña naturaleza el gobierno constitucional debía ser implacable. Y lo fue. Desde el alto gobierno se advierte que se actuará “sin lenidad”. Le tocaba el turno al Ministro de Relaciones Interiores, Carlos Andrés Pérez, el *mot d'ordre* sería en lo sucesivo: “cualquier acción insurreccional, disturbio callejero, paro ilegal será reprimido con severidad”.

Si este era el discurso disciplinario como le correspondía al encargado de velar por el orden político interno, el Jefe del Estado abogaría en términos más reposados por la verdadera fortaleza de la nación, la cual coloca en estos términos:

“Esta es ya una nación adulta, con siete millones de habitantes, que se dieron en libres comicios su gobierno legítimo, en donde hay clases sociales, partidos políticos, sectores económicos y laborales perfectamente estructurados. Y donde existen unas Fuerzas Armadas profesionalizadas, a las cuales no las mueve la voz de un presunto salvador del país”⁷².

Mesura en las palabras que no significaban desde ninguna perspectiva una postura blanda en Betancourt respecto a la sedición proviniese de cualquiera de las fuerzas enfrentadas. Con mano firme, como lo requerían las circunstancias, atajaba el primer mandatario las conspiraciones reaccionarias de derecha o la de aquellos grupos exaltados de izquierda que promovían una revolución a la cubana, “los empresarios de la catástrofe” (ibid., p 259), quienes creían que sumiendo a Venezuela en un caos surgiría un régimen más progresista que el existente, copiando en todo la experiencia cubana con su dosis marxista-leninista.

⁷¹ Exposición al país, por la red nacional de radio y televisión, con motivo de actos terroristas y desórdenes callejeros, Caracas, 21 de enero de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 209.

⁷² Exposición hecha al país por la red nacional de radio y televisión con motivo de la intentona facciosa de San Cristóbal del 20 de abril, Caracas 26 de abril de 1960, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 255.

“Desarmar a los espíritus enguerrillados”⁷³

Que la Revolución Cubana repercutía en la política interna no sólo de Venezuela sino en general de toda América Latina, fue un hecho que no admitía dudas. Particularmente entre la juventud del país se habla y admira a Fidel Castro como un héroe. A estas posturas no eran ajenos ciertos sectores de la juventud de Acción Democrática quienes pensaban que en Cuba se estaban realizando proyectos que antes habían sido soñados por ellos. Como era natural, se producen discusiones en el seno de estos sectores que no dejan de ser críticos acerca de la forma como Betancourt conduce la política interna y el perfil que le da a sus relaciones internacionales. La influencia cubana aunada al desplazamiento que dentro del partido AD había sufrido el grupo juvenil en la Convención Nacional de Acción Democrática de octubre de 1959, daría muy pronto novedosos frutos.

Los días 10, 22 y 31 de marzo de 1960 fueron publicados en *La Esfera* de Caracas tres artículos de uno de estos jóvenes, acaso el más radical y políticamente intemperante de ellos, Domingo Alberto Rangel, denunciando la ausencia de cláusulas que garantizaran la estabilidad laboral de los trabajadores petroleros: “para reducir los costos las compañías han escogido el camino de los despidos”⁷⁴. Esto ocurría sin que el gobierno enfrentase el “desplante y la traición sistemática” de los *trusts* petroleros internacionales. A pesar de que el lenguaje de Rangel contenía más bien una crítica solapada a la política oficial respecto a los obreros petroleros, se dejaba entrever la necesidad de que en este sector se moviera “el brazo de la protesta activa” como única forma de contener los anhelos del imperialismo del oro negro.

En otro de los escritos, Rangel fue más severo en el juicio. Respaldado por nociones elementales de economía y teoría política ofrecía a los trabajadores del petróleo una solidaridad más efectiva en la conquista de nuevos y más justos contratos laborales. Llegando a esgrimir que actitudes como esta eran “una contribución a la paz y a la consolidación democrática de Venezuela”⁷⁵. A pesar de ser una crítica ligera, comparada con la ferocidad de la pluma de Rangel, tal afirmación no dejaría de molestar al gobierno y

⁷³ Mensaje anual presentado al Poder Legislativo el 29 de abril de 1960, también conocido como “El Plan Cuatrienal de Gobierno”, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 351.

⁷⁴ Rangel, D.A., “La significación política de los despidos petroleros”, *La Esfera*, Caracas, 10 de marzo de 1960, p. 1-4.

⁷⁵ Rangel, D.A., “Otra vez sobre los despidos petroleros”, *La Esfera*, Caracas, 31 de marzo de 1960, p. 1-4.

al partido, pues hasta qué punto se negaba que su acción estuviese encaminada en esta dirección tan reiterada por Betancourt. Así fuese desde el seno del partido de gobierno, habría de levantarse la voz de resistencia a los despidos petroleros como una manera de servir a las fuerzas democráticas del país. Las palabras iban más directas al asunto que se quería resaltar: “Más previsivos somos los que entregamos puntualmente nuestra protesta al servicio de los trabajadores que aquellos que creen en la táctica del silencio” (idem).

La otra voz crítica surgió de la pluma de Américo Martín, cuando el 14 de marzo de 1960 lanzaba serias advertencias sobre la forma de conducir a Acción Democrática a propósito de la división del peruano partido político APRA, de doctrina nacional-revolucionaria al igual que su homólogo venezolano. También en lenguaje solapado, Martín al narrar la historia de la división del partido aprista peruano deja relucir algunos paralelismos en la conducción de AD. Las consecuencias eran inevitables: “Los partidos nacional-revolucionarios deben mirarse en tan impresionante espejo, porque la claudicación avanza a veces sin que la percibamos, hasta que llega el momento en que no podemos desandar el camino. Poco a poco se van precisando las tendencias y se hace más difícil la existencia de los intermedios”⁷⁶. Poco habría que añadir para que el mismo 17 de marzo el CEN de AD se reuniese de manera de considerar el pase al Tribunal Disciplinario de ambos dirigentes, solicitado por el Buró Sindical Nacional por intermedio de Salom Mesa⁷⁷.

La crisis interna que se desató en el partido de gobierno fue inmediata. Se suspendió al Buró Juvenil de AD, integrado por 11 dirigentes. Se pensaba que con este paso táctico se aislaría de sus tropas a Rangel y Martín, para guillotinarlos en la próxima jugada. Pero también con esto se haría creer que el problema suscitado era exclusivamente de la juventud del partido, “explosiones características de la edad”⁷⁸. Así resultaba fácil ocultar las razones de divergencia ideológica, lo que no convenían a aquellas alturas de la revolución democrática en marcha. En la solución del *impasse* intervinieron altos personeros del partido, Rómulo Gallegos entre ellos. Quien el 6 de abril, en “Mensaje a la juventud de Acción Democrática”, invitaba a “serenidad y reflexión”. Ante la

⁷⁶ Martín, A., “La división del APRA una advertencia”, *La Esfera*, Caracas, 14 de marzo de 1960, p. 1-4.

⁷⁷ Mesa, S., *Por un caballo y una mujer (memorias)*, Vadell Hermanos Editores, Valencia, 1978, p. 297.

⁷⁸ *El Mundo*, Caracas, 30 de marzo de 1960. Ver también, *Las 3 divisiones de Acción Democrática. Papeles de archivo, cuadernos de divulgación histórica. Documentos que hacen historia*, Ediciones Centauro, Caracas, 1987, pp. 33-35; y Rivas Rivas, J., *Las tres divisiones de Acción Democrática*, Pensamiento Vivo Editores, Caracas, 1968, pp. 13-25.

intransigencia en las posiciones alertaba el maestro y ex-Presidente de la República a lo deplorable que resultaba “toda división que se produjese en Acción Democrática, ya sea detrás de banderas e otras ideologías o de banderines de enganche que dentro de ella se alzasen”⁷⁹.

Para el momento en que se publicaba el mensaje de Gallegos, estaba consumada la división en AD. Los jóvenes disidentes, autocalificándose como “hombres de izquierda”, exponen su pensamiento político, inculpan a la Dirección del Partido y critican la gestión del Presidente de la República, a quien llaman “compañero Betancourt”. En extenso documento –firmado por más de doscientos militantes-- exponen no sólo sus razones (“no es un problema disciplinario, es un problema ideológico”) sino que incluyen también sus líneas programáticas en relación a los sectores populares, a la política exterior, “el problema del monoclasismo” y sus lineamientos de política económica. Con estas posturas, pareciera estar servida en bandeja de plata el contenido ideológico de una nueva agrupación: “Con una política de más audaz contenido podremos edificar definitivamente una democracia sin zozobras”⁸⁰. Episodio que continuó con una insurgencia agresiva por parte de la juventud disidente. Luego de la constitución el 13 de abril de un Comité Nacional de “Acción Democrática de Izquierda”, se pasó en julio a la creación de un Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que ratificó el contenido del “Documento de los jóvenes de AD”, como base programática de la nueva organización⁸¹.

“Los barbudos del caos”⁸²

El nuevo partido fue legalizado por la Gobernación del Distrito Federal en agosto del mismo año. Se declaró de ideología marxista y preparado para “conducir a todo el pueblo venezolano hacia el socialismo por el camino de la revolución nacional haciendo realidad un programa claramente antiimperialista y antifeudal”. Surgía de esta manera en cuanto a la militancia un inesperado competidor del secular Partido Comunista de

⁷⁹ *La Esfera*, Caracas, 8 de abril de 1960.

⁸⁰ “Documentos de los jóvenes de AD. A la dirección nacional y militancia del partido”, *El Mundo*, Caracas, 8 de abril de 1960.

⁸¹ Los pormenores del nuevo movimiento de “avanzada”, como se le llamaba algunas veces, pueden verse en Moleiro, M., *El MIR de Venezuela*, Guairas, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

⁸² Expresión de Marino Picón Salas en “Betancourt”, *Revista Política*, vol. 3, No 32, Caracas, marzo de 1964, p. 33.

Venezuela, pero a decir verdad no lo fue desde el punto de vista práctico, por la coalición que junto a URD –una vez fuera de la alianza gubernamental– armaron las tres agrupaciones en el Congreso Nacional. Coalición a la que más adelante se unió el ARS (otro brazo desprendido de AD como lo veremos enseguida), cambiando en 1962 la correlación de fuerzas en la Cámara de Diputados cuando se impuso la sustitución en su Presidencia de Caldera por Manuel Vicente Ledesma.

Los meses finales de 1960 fueron días y horas de gran expectativa para los venezolanos. La agitación callejera, la sublevación de las pasiones y los actos de sedición estuvieron a la orden. Había un clima de insurrección popular calificado por el propio gobierno (Ministerio del Interior) como “el popularazo”. En la prensa de la izquierda opositora al régimen aparecían continuamente francas invitaciones a la insurrección. El 14 de octubre le tocaría al semanario *Izquierda*, órgano del MIR, lanzar un editorial de tono apocalíptico, con autoría asumida por Domingo Alberto Rangel: “[...] no puede haber otra salida que el cambio de gobierno, la sustitución del régimen actual por otro que responda a los intereses del pueblo [...] Este es el objetivo concreto de la lucha”. A manera de remate, párrafos más adelante se continúa con una suerte de profecía incumplida: “No somos nosotros, los dirigentes políticos, los que vamos a determinar el día y la hora de la caída del gobierno. Son las propias masas populares las que tienen la última palabra”⁸³. Por su parte, el PCV, celebra en marzo de 1961 su III Congreso donde se aprueba una tesis política del mismo corte del editorial del MIR: “[...] lucha por la formación de un gobierno democrático y patriótico, expresión de la inmensa mayoría del pueblo”. El corolario de ambas tesis sería una frase que adornaba las paredes de las principales ciudades del país: “*Nuevo gobierno, ya*”.

Las cosas no ocurrieron así. Vaya la estabilidad del gobierno por delante. El objetivo concreto de estas luchas no se cumpliría. Otras intenciones, otros intereses y otras acciones se dibujarían en el horizonte político de aquel momento, siempre enfrentando distintas maneras de concebir el mundo político y social. Con razón al referirse a 1961, Betancourt señala en su cuarto mensaje presidencial ante el Congreso que el normal ejercicio de su gestión política y administrativa democráticas fue entorpecido “por el acoso

⁸³ Citado en Velásquez, Ramón J., “Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo...”, op. cit., p. 256.

y la intención de derrocarlo de dos corrientes minoritarias, de signos ideológicos teóricamente contrapuestos, pero coincidentes en su apego a filosofía totalitarias”⁸⁴. Una de esas fuerzas –“tan débil como contumaz”—propiciaría el golpe de Estado y la toma del poder por la vía cuartelaria, a la usanza del pasado. Por esta vía transitarían los más notables intentos⁸⁵ de San Cristóbal (20 de abril de 1960), de Barcelona (26 de junio de 1961), de Carúpano (4 de mayo de 1962) y Puerto Cabello (2 de junio de 1962). Todos aplastados por la acción oportuna del gobierno con el apoyo de las mayorías nacionales.

La otra fuerza de carácter civil, pero no sin tentáculos militares, recurría al llamado a la insurrección popular, en un empeño por destruir el orden democrático en ciernes “para que se instale por la fuerza en Venezuela un régimen que sea calco y copia del que rige en Cuba” (ibid, p. 351). No obstante estar ambos acosos condenados al fracaso dejaban una estela de sobresalto en la vida del país. Siguiendo su estilo de matizar con datos sus intervenciones, Betancourt presentaba ante el Poder Legislativo un extenso balance de las cifras de destrucción y violencia resultantes de ambos intentos por perturbar el orden constitucional. No quedaba otro recurso que asumir su decidida defensa:

“La hora de adoptar actitudes de definida e inobjetable firmezas había sonado. Y esas medidas se adoptaron y se seguirán adoptando, en defensa del orden público y del elemental derecho de los venezolanos a ser gobernados por el gobierno que ellos eligieron” (ibid., p. 353).

Durante 1962 y 1963 los acuerdos entre el MIR y el PCV de arreciar la lucha armada contra el gobierno fueron un hecho. Es en esta suerte de “declaración de guerra”⁸⁶ cuando las fuerzas de izquierda entran en matrimonio en los cuarteles con militares que se autoproclaman “nacionalistas”, como una manera de acceder al poder. Acaso la insurrección de Barcelona o el llamado “carupanazo” fueron las primeras expresiones de la

⁸⁴ Mensaje ante el Congreso Nacional, Caracas 12 de marzo de 1962, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 2, p. 350.

⁸⁵ Se han llegado a registrar unos 22 intentos de golpe durante el período de Betancourt, algunos notables desde el punto de vista militar, mientras que otros lo fueron por el carácter de sedición civil y urbana, contestataria ante un estado de cosas por veces precario, particularmente en materia de economía y empleo. Ver Brett Martínez, A., *El portañazo. Historia de una rebelión (con un nuevo capítulo ‘Los golpes contra Betancourt’*, Ediciones Adaro, Caracas, 1973; también Blanco Muñoz A., *El portañazo*, reportaje, (a propósito de su XX aniversario), *El Nacional*, Caracas, 9 de mayo de 1982.

⁸⁶ En documento interno del MIR, fechado en Caracas la primera quincena de febrero de 1962, se lee: “dentro de esta táctica cobra hoy importancia de primer orden el problema militar, pues es la lucha armada la que habrá en definitiva de resolver la contradicción planteada”, cit. por Betancourt en discurso celebrado en la Plaza O’Leary para celebrar el tercer año de gobierno, Caracas, 13 de febrero de 1962, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 2, p. 235.

nueva táctica⁸⁷. Ante las cuales la conducta del gobierno sería invariable: “[...] firmeza par defender las instituciones democráticas de Venezuela y el porvenir de la nacionalidad de los totalitarismos seudorevolucionarios”⁸⁸.

Ante tal situación de aspereza política y de militancia terrorista, la voz crítica de importantes sectores de la intelectualidad criolla no se haría esperar. Juan Liscano, hombre de letras, preocupado por la cultura nacional, demócrata y poeta (miembro de la “casta intelectual oficialista”, lo llamarían desde el PCV⁸⁹), afilaría su pluma para responder viles insultos de aquellos desesperados de la acción y cultores de la violencia del PCV, del MIR y de otras agrupaciones del mismo perfil, que pretendían insurgir contra aquel largo millón de venezolanos que votaron por Betancourt, o por aquel otro medio millón que lo hizo por Caldera, para no referirme sino a los dos partidos que permanecían en la coalición. La metáfora escogida por Liscano para responder la agresión fue la de “*bestialización ideológica*”. De un largo conjunto de rasgos se trataba: “El bajísimo nivel humano de los sectarios de la presunta revolución, su desmoralización profunda en todo lo que se refiere al respeto por los valores del espíritu y por la persona humana, la vocación de odio que los alienta, el fanatismo que los ciega, el rencor que los consume y que el fracaso aviva, su simplismo bárbaro, consiste en dividir a los venezolanos —a sus compañeros de generación, o sus hermanos si es necesario— en héroes y villanos, según acepten o no sus puntos de vista terroristas e insurreccionales”⁹⁰. Traslucían estas palabras una aguda crítica a aquella incurable seducción criolla por las formas violentas de la revolución armada, a aquella incapacidad para la obra paciente y silenciosa. Tan cruda realidad no podía sino espantar a espíritus más reposados. Las posturas exhibidas eran expresión de

“[...] ese bárbaro maniqueísmo, esa voluntad inquisitorial, esa deshumanización salvaje, esa exaltación del enguerrillamiento y del pistolerismo, esa bestialización ideológica, digámoslo de una vez [...]” (idem).

⁸⁷ Uno de los jefes de la lucha armada del PCV, Guillermo García Ponce, relatará *a posteriori*: “Nosotros éramos una fuerza en el Ejército. Yo me reunía en esa época con 300 oficiales [...]”, en Blanco Muñoz, A., *La lucha armada. Hablan cinco jefes*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1980. También en Sanoja Hernández, J., *Golpes...*, op. cit., p. 103.

⁸⁸ Exposición hecha ante el país, en cadena de radio y televisión, al anunciar la suspensión de garantías con motivo de la insurrección de Carúpano, 4 de mayo de 1962, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 3, p. 90.

⁸⁹ Sanoja Hernández, J., “Liscano: Zona franca para la maniobra”, *Letra Roja*, No 4, Caracas, agosto de 1964.

⁹⁰ Liscano, J., “Carta pública al semanario ‘COMBATE’”, Behobie, 10 de julio de 1962, en *Tiempo desandado*, Ediciones del Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, Caracas, 1964, p. 321. Este semanario era el órgano político de un sector de AD, dirigido por los diputados Rigoberto Henríquez Vera y Luis E. Vera.

Duras palabras. Quizás más duras aún eran las metáforas que le reforzaban, para describir una realidad difícil, compleja y, sin embargo, prometedora. Pero cómo actuar de otro modo frente a esa carga de fanatismo engeguecedor, como todo fanatismo, compartido por una importante porción del país, particularmente por sectores estudiantiles, intelectuales y trabajadores urbanos. El militante de tales organizaciones se degradaba a ser un autómatas, un verdugo de ciegas luchas, un agente o “comandante” –como se usaba en el argot del momento—de órdenes impartidas. Terrorismo, sectarismo destructivo, negación de la voluntad popular, descalificación soez al adversario no irían de la mano con la inteligencia pacífica y conciliadora. En estas circunstancias, la acción política no tendría otro sentido que ser un auto de fe, una cruzada contra quien sustentara puntos de vista diferentes. No sólo se trataría de escapar al odio, había que arremeter –según Liscano—contra el terror ideológico imperante, expresado en el chantaje, los ataques personales, la calumnia y la amenaza por no compartir el mismo credo político:

“[...] desde hojas clandestinas controladas por convulsos y frenéticos pergeñadores de notículas, pretenden inútilmente acallarme y destruir las argumentaciones con las cuales emplazo ante la Historia, la dirección de ese partido (se refería al PCV, LRD) definitivamente controlado hoy por activistas y terroristas” (ibid, p. 318).

Este era, pues, parte del clima político e intelectual que se vivía en Venezuela para mediados de 1962⁹¹. El cual vino a agravarse con los fusilamientos en masa ocurridos en Cuba como consecuencia del desembarco de Playa Girón. Estos aunados al apoyo y la inspiración de la revolución cubana a la violencia venezolana y a la agresión permanente del gobierno caribeño contra el régimen democrático, llevaron a que el 11 de noviembre de 1962 el Presidente Betancourt anunciara la decisión de romper relaciones diplomáticas y consulares con Cuba. Decisión que determinó el recrudecimiento de la violencia interna en las principales ciudades. El país estaba francamente dividido entre quienes se solidarizaban y quienes condenaban el régimen de Castro. Para Betancourt estaba claro que el fenómeno de subversión, sabotaje y terrorismo era manipulado por Cuba, dentro del cuadro de la

⁹¹ Sobre una caracterización antigubernamental de la violencia en Venezuela previa a 1962, ver Sanoja Hernández J., “Para una cronología de la violencia”, *El Siglo*, Caracas, 8 de marzo de 1965. Para el debate desde la izquierda, también puede verse Chacón, A., *La izquierda cultural venezolana, 1958-1968. Ensayo y antología*, Editorial Domingo Fuentes, Caracas, 1970.

Guerra Fría. Su proyección era continental. Claridad que le permitió denunciar sin esguinces verbales la situación:

*“Este fenómeno que estamos contemplando en Venezuela no es distinto del que afrontan otros países de América, en los cuales también minorías totalitarias están recibiendo no sólo consignas sino dinero y armas de la Cuba comunista. El problema lo encaran gobiernos surgidos del voto popular y gobiernos de facto”*⁹².

Grupo ARS, en política ...“*permítanos pensar por usted*”⁹³

A todas estas el gobierno cumplía tres largos años. En medio de las conspiraciones de derecha y los alzamientos de la izquierda, con toda la agresión de las armas y del verbo antigubernamental, se acercaba el momento de ir preparando las cosas para unas nuevas elecciones el último mes de 1963. Como era de esperar, la pugna interna en AD arreciaría. Las figuras aglutinantes en el seno del partido luego del 23 de enero de 1958 eran --además de Betancourt—Domingo Alberto Rangel entre la juventud y Raúl Ramos Jiménez entre sectores agrarios y profesionales. La sanción para Rangel ya había generado una primera división en la organización. Durante los años del trienio, particularmente en el gobierno de Gallegos, las posturas del llamado Grupo ARS generaron choques de criterios y posiciones que no llegaron a más debido al golpe del 24 de noviembre de 1948. No obstante, en diciembre de 1961 llegó el momento de la lucha por el control de la maquinaria del partido entre la generación de relevo encabezada por Ramos Jiménez --con mayoría en el Comité Ejecutivo Nacional-- y la llamada Vieja Guardia o generación fundadora encabezada por Raúl Leoni, con el respaldo de compañeros en funciones de gobierno.

En esta ocasión la lucha no será ideológica, como en el caso del MIR, sino discrepante de la manera como Betancourt conducía el gobierno. Al menos era esto lo que se quería hacer creer. Haciendo caso omiso de las bondades que para la estabilidad constitucional arrojaba el Pacto de Punto Fijo, Ramos Jiménez condena la alianza con el partido COPEI (“el problema de la coalición” se le llamaría en la prensa del momento), al mismo tiempo que critica la falta de arrojo del gobierno para acometer grandes reformas

⁹² Alocución con motivo del IV aniversario del gobierno constitucional, Caracas, 13 de febrero de 1963, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 3, p. 303..

⁹³ Lo que se llamó el Grupo ARS dentro de Acción Democrática fue un nombre inventado por Valmore Rodríguez en 1946 para distinguir al grupo liderado por Raúl Ramos Jiménez quien en política pretendería pensar por los demás, como lo ofrecía a los anunciantes el lema de la empresa Publicidad ARS, ver Mesa, S., *Por un caballo...*, op. cit., p. 296; también en *Raúl Ramos Jiménez. Testimonio de una vida. Homenaje en el primer aniversario de su muerte*, Imprenta del Congreso de la República, Caracas, 1974, p. 23.

sociales al ritmo de un nacionalismo más agresivo, como estaría obligado un partido popular en el poder al estilo de Acción Democrática. El divisionismo y fraccionalismo estuvieron a la orden del día. Enseguida se montaron dos estructuras partidistas paralelas: un CEN “arsista” y otro CEN “vieja guardia”. Vinieron sanciones que fueron llevadas a la XII Convención Nacional en enero de 1962, como máximo organismo partidista. Una vez fracasadas las gestiones de conciliación, quedaba AD dividida por segunda vez en menos de un año.

Mientras que Ramos Jiménez se dirigía en circuito radial a los militantes y simpatizantes del partido en todo el país, señalando que el problema central era, por una parte, “la existencia de dos modos de ver los fenómenos políticos” y, por otra parte, el alzamiento de un CEN minoritario: “un caso concreto de indisciplina, de rebeldía, de amotinamiento sin precedentes ni justificación, a no ser la inaceptable de pretender fueros y privilegios especiales [...] lo cual rechazamos y rechazaremos siempre en Acción Democrática”⁹⁴; Gonzalo Barrios exponía a través de Radio Rumbos no sólo la situación del partido sino “la actualidad política del país”, para insertar en ésta la controversia interna de esta organización. Resumida así: “La crisis de AD constituye todo un proceso con viejas causas y accidentales manifestaciones en el curso de los últimos años”, entre las que se mencionan: el fraccionalismo y un desdén por las preocupaciones de carácter ideológico. Eran estas, pues, las “razones de fondo” dadas a conocer por Barrios, apoyadas por el Presidente Betancourt, por el ex-Presidente Gallegos y por el Buró Sindical⁹⁵. Ramos Jiménez y la mayoría arsista quedaron fuera de la organización apoyados básicamente por sectores agrarios. En las elecciones de diciembre de 1963 se presentarían dos candidatos bajo el signo de AD: Raúl Leoni y Ramos Jiménez. El Presidente Betancourt reaccionó comedidamente ante la situación interna de su partido. No hubo ningún comentario público al respecto como para no confundir su papel de Jefe del Estado y líder fundamental de Acción Democrática. Por el contrario hizo énfasis en lo primero al realizar una intensa gira político-administrativa por diversas regiones del país, inaugurando obras para la comunidad y entregando títulos de propiedad a los campesinos beneficiados por la Reforma Agraria.

⁹⁴ *El Nacional*, Caracas, 4 de enero de 1962, p. 2..

⁹⁵ *El Nacional*, Caracas, 5 de enero de 1962, p. 3.

“Los errores y los aciertos de mi gestión de Presidente, son míos propios”⁹⁶

Betancourt no se inmiscuyó directamente, al menos públicamente, en escoger a su sucesor. Sobre actitudes fértiles había que dejar sembradas la confianza y la fe que el pueblo y demás factores de poder parecían depositar en el gobierno constitucional. Además, como a él mismo le gustaba insistir, la sociedad debía encontrar por sí misma “su centro de equilibrio”, acudir a la cita con su propio destino. Encuentro que pasaba por dejar que fuesen los gobernados quienes resolviesen cosas como las candidaturas y la sucesión presidencial, entre las más apremiantes. Los cauces y las fórmulas de la democracia representativa encontrarían su propio ritmo, por veces en términos de desafío. Ante la pregunta de un periodista norteamericano sobre la continuidad de las reformas y la sucesión presidencial, Betancourt aprovecha para dejar clara su posición:

“Ha habido una tradición en muchos países de América Latina y muy marcada en Venezuela, de que los Presidentes o se reeligen o ponen un delfín que les suceda y al cual manejan desde su casa [...] como los artistas de las marionetas manejan a sus personajes”⁹⁷.

Se aseguraba en complemento que siendo imposible la reelección, por normas constitucionales, “tampoco habrá candidato impuesto”. Quedaría por hacer su más íntima confesión:

“Yo no tengo candidato para la Presidencia de la República. Los partidos escogerán sus candidatos y triunfará el candidato afecto a la política del gobierno o el candidato de la oposición, pero en todo caso yo no voy a imponer mi sucesor” (idem).

El ejemplo iría por delante y, como siempre, la actitud al respecto se reforzaría con ejercicios de pedagogía política. Al final de cuentas en la fundación de un orden político la enseñanza, la postura ética siempre será prioritaria. En esto Betancourt era hábil y consecuente. Ante la insistencia de los periodistas sobre el tema, prefirió abstenerse de hablar sobre candidaturas y la sucesión presidencial, para muestra daría un contundente argumento:

⁹⁶ Alocución dirigida al país anunciando la solicitud de ilegalizar al PCV y el MIR, Caracas, 15 de octubre de 1962, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 3, p. 250.

⁹⁷ Conferencia de prensa con periodistas norteamericanos, Caracas, 25 de enero de 1963, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 3, p. 288.

“[...] yo estoy comprometido, dentro del plan firme que me he trazado de no sólo gobernar, sino dar lecciones de pedagogía cívica, a no interferir en el debate electoral” (ibid., p. 295).

Un mes más tarde insiste en eso de las “lecciones de pedagogía cívica”. Al ser entrevistado por el escritor y compañero de luchas juveniles, Miguel Otero Silva, e intentar sondearle sobre la escogencia del candidato de su partido para sucederle en el siguiente período constitucional, Betancourt se mostró en la respuesta renuente a tratar el tema y, más bien, volvió a referirse a que su negativa obedecía a “una pequeña lección de pedagogía cívica”. Y repetía: “Quiero que sean los partidos quienes discutan los candidatos y no inmiscuirme para nada en el problema electoral”. Vaya el ejemplo por delante. Por el momento se trataba de diseñar y ejecutar un programa de gobierno, lo demás vendría por sí mismo: una sucesión indefinida de gobiernos aupando la modernización y democratización del país, mediante el mecanismo de la elección popular. Añadía, para finalizar, que en Venezuela “tenemos una experiencia negativa” en el sentido de hacer propaganda política desde el Poder Ejecutivo⁹⁸.

En las vísperas de terminar su mandato constitucional, Betancourt comenzó a recordarle a los venezolanos lo que había sido gesto y verbo desde 1959: el 13 de febrero de 1964, una vez elegido su sucesor, culminaría su período de gobierno. Recordemos que en fecha tan temprana como el 21 de marzo de 1959, espetó ante los empresarios venezolanos, reunidos en su Asamblea Anual de San Cristóbal, en un omniabarcante plural, el siguiente acto de voluntad que no dejaría de causar asombro: “Gobernaremos hasta el 19 de abril de 1964, sin engreimientos de autosuficiencia, reconociendo con humildad que los gobernantes no son sino personeros de la colectividad [...]”⁹⁹. Podría uno decir lo mínimo. Sonaba fácil oír o leer esta expresión a posteriori. Pero cuán difícil habría sido cumplirla, en especial cuando se presagiaba con cinco años de anticipación. Todavía más, si se toma en serio la tormentosa historia de aquel quinquenio. Proviendo de la experiencia histórica venezolana, construir un orden político democrático y representativo, bajo la égida del sufragio universal, no sería poca cosa. Logro que se agigantaría si se llegaban a pacificar los cauces de las luchas políticas y de mantenerse el espíritu unitario. Esta no sería tarea de

⁹⁸ *Miguel Otero Silva escritos periodísticos* (selección y prólogo Jesús Sanoja Hernández), Los Libros de El Nacional, Caracas, 1998, p. 109.

⁹⁹ Palabras de Betancourt al clausurar la Convención Anual de Fedecámaras en San Cristóbal el 21 de marzo de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 34..

Betancourt. Con haber definido los fundamentos y creado las instituciones le bastaba (“no aspiro ni deseo [...] a nada más y a nada menos que a ayudar a nuestro país a seguir caminando por la buena vía por la que ya trajina”¹⁰⁰). Serían estos, desafíos para los gobiernos siguientes, de manera de darle continuidad y estabilidad al recién fundado orden político nacional.

Acaso la más preciada de aquellas instituciones fuese el sufragio universal (“Ya en nuestro país los gobernantes no se autoeligen, sino que el pueblo les otorga un mandato con la cédula del voto”, señalaría Betancourt¹⁰¹), el mismo que por tercera vez en la historia política del país se puso a prueba el 1 de diciembre de 1963, cuando se celebraron en todo el territorio nacional elecciones para escoger al Presidente de la República y a los cuerpos deliberantes para un nuevo período constitucional 1964-1969. La masiva afluencia de los venezolanos en todas las ciudades, pueblos y aldeas de la República, más el ambiente de normalidad que reinó ese día, dieron al traste con la campaña abstencionista (se registró una abstención del 13% del total de inscritos) y con el terror que se trató de sembrar entre la población por parte de los representantes de la violencia. Los votos democráticos de los ciudadanos vencieron las balas de aquellos “barbudos del caos” descritos más arriba. El triunfo correspondió al candidato de AD, Raúl Leoni. Su victoria encarnó la victoria democrática de Venezuela y el repudio a la violencia castro-comunista. Parecía como si la cita con su propio destino adquiriese más forma y sentido¹⁰². Semejantes circunstancias fueron entendidas por el Presidente electo quien de inmediato se movió por todo el territorio nacional ofreciendo: entendimiento, concordia, equilibrio, mantenimiento de las conquistas sociales de su predecesor, así como ampliación y profundización de otras.

Quedaría lo del carácter revolucionario del gobierno saliente, del cual Betancourt nunca escatimó verbo en ilustrarle a la gente sus indicadores. Es que la palabra había sido tan trajinada en la historia de Venezuela por tiranos y tiranuelos que era necesario revalorizarla con contenidos ciertos y palpables. Incluso, asombra su dominio de las

¹⁰⁰ VI mensaje presidencial presentado ante el Congreso Nacional el 7 de marzo de 1964, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 4, p. 367.

¹⁰¹ VI mensaje presidencial presentado ante el Congreso Nacional el 7 de marzo de 1964, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 4, p. 366.

¹⁰² Estas elecciones tuvieron una amplia repercusión internacional, parte de la cual ha sido recogida en el libro *Victoria democrática de Venezuela. Editoriales de la prensa mundial*, Publicaciones de la Secretaria General de la Presidencia de la República, Caracas, 1964.

convicciones, cuando apenas un año después de asumido el poder contrapone su revolución a aquella propuesta por sectores anárquicos e izquierdistas, más del ámbito de las creencias catequísticas inspiradas por el comunismo internacional, en especial por el eje cubano-chino-soviético, que la de los hechos cumplidos. “Porque en Venezuela estamos haciendo una revolución”, señala Betancourt con voz altiva. Lanzándose enseguida con los indicadores:

“Es una revolución haber triplicado el número de muchachos y de adolescentes que asisten a las escuelas. Es una revolución que en todo el país se estén asentando campesinos en tierra suya. Es una revolución que los órganos crediticios del Estado estén prestando más dinero en un solo año del que se prestó en el último quinquenio. Es una revolución que se haya establecido la ética administrativa y que los gobernantes podamos presentarnos ante nuestros gobernados orgullosos de mantener nuestras manos limpias. Es una revolución que todos los sectores sociales puedan agruparse en sus organismos políticos, económicos, de defensa gremial, sin obstáculos de ninguna clase”¹⁰³.

Pero lo que más orgullo resonaría en las palabras del Jefe del Estado era el carácter autóctono de esa revolución: “[...] es una revolución dentro del molde venezolano, de acuerdo con un estilo de vida que tres millones de venezolanos decidieron como suyo cuando votaron en las elecciones del pasado 7 de diciembre” (idem). Con esto el mensaje era claro: no se pretende interferir en la forma como otros países conducen su revolución, pero se pide dejar en paz la forma como se conduce la revolución venezolana, “de acuerdo con normas pautadas por las leyes, por la sicología colectiva de Venezuela, por el modo de ser intransferiblemente venezolano” (idem).

Poco quedaría por añadir y, sin embargo, a lo ya expresado en la larga cita anterior se añadiría algo más. No podría dejar de insistirse en el componente cultural del proceso en marcha. Para ello nada mejor que hablarle a sectores agrarios y campesinos. Eran estos uno de los sujetos privilegiados del estado de cosas. El argumento compartiría tres momentos lógicos. Primero iría la certeza general después de más de tres años de gestión: “[...] está realizando el gobierno constitucional una obra de extraordinario sentido revolucionario”. Luego vendría la particularización del sentido de la certeza: “Revolucionario en el mejor concepto, revolucionario en el concepto de dotar a un pueblo de inteligencia natural y plástica de las posibilidades del acceso a la cultura”. Para finalmente rematar con la

¹⁰³ Exposición al país por la red nacional de radio y televisión el 26 de abril de 1960, con motivo de la intentona facciosa de San Cristóbal el 20 del mismo mes, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 257..

afirmación absoluta que despejaría cualquier duda por perspicaz que fuese: “[...] en ningún país de la América Latina, en cualquier momento de la historia, se ha hecho más en tan poco tiempo por poner la educación y la cultura al alcance de las mayorías como en Venezuela”¹⁰⁴.

Así las cosas, no quedaba sino la tranquilidad de conciencia. Estado anímico reflejado por el Presidente Betancourt cuando dirige su último mensaje ante el Congreso Nacional. Se había cumplido con un deber de varios rostros: político, legal, constitucional, social. Lo que no podía más que encender un gran orgullo que quedaría inscrito con palabras emanadas en estilo limpio y emotivo:

“Haber contribuido, con modesto aporte, a este cambio histórico en Venezuela no es para mí motivo de envanecimiento sino de humilde, íntima, profunda satisfacción. Otros tesoros, si los tuviera, pudiera perderlos, por los azares de la tornadiza fortuna. Este tesoro muy mío y no cotizante en bolsas de valores, de salir del ejercicio de la Presidencia de la República después de haber aportado un tenaz esfuerzo de alfarero para contribuir a la modelación de una Venezuela democrática, es algo que nadie podrá arrebatarme”¹⁰⁵.

Con semejante fuerza discursiva se podrían aceptar muchos errores y desaciertos en la gestión presidencial, pero nunca se podría desconocer –tal como ya se había señalado con mirada larga ante el Congreso Nacional aquel 13 de febrero de 1959-- haber actuado “con intención distinta de la de procurar con lealtad, con empeño creador, con fe si se quiere fanatizada, la gloria de Venezuela y la felicidad de su pueblo”¹⁰⁶. Allí se encontraban las claves tanto de la revolución democrática a la venezolana, como la de las bases del nuevo orden político que en adelante permitiría a la nación asumir la autonomía de su destino histórico. Nada más adecuado que solicitar el respaldo del “poderoso aliento popular”, convocándole a la causa de la libertad civil, construyéndole la paz y la estabilidad para vivir en común y la unión para juntos enfrentar y resolver sus problemas. De esta manera se le estaría dando a Venezuela, a sus fuerzas nacionales, causa suficiente para consolidar su gesta revolucionaria. Nuevo orden político que se prolongó en el tiempo, más

¹⁰⁴ Exposición hecha desde Guanare en gira político-administrativa por tierras de Portuguesa, 13 de mayo de 1962, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 3, p. 119.

¹⁰⁵ VI Mensaje Presidencial..., *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 4, p. 367.

¹⁰⁶ Discurso de toma de posesión presidencial, Caracas, 13 de febrero de 1959, *La revolución democrática en Venezuela. Documentos...*, op. cit., vol. 1, p. 20.

allá del periplo vital de Betancourt, como el mismo lo había esperado, deseado y presagiado.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliográficas

Alexander, Robert J.: *Venezuela's Voice for Democracy. Conversations and Correspondence with Rómulo Betancourt*, Praeger, Nueva York, 1990.

Apreciación del proceso histórico venezolano: (palabras preliminares Pedro Grases), Fundación Universidad Metropolitana, Fondo Editorial Interfundaciones, Colección Seminarios, Caracas, 1988.

Araujo, Orlando: *Venezuela violenta. Ensayo*, Ediciones Espérides, Caracas, 1968.

Betancourt, Rómulo: *Venezuela política y petróleo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

----- *Posición y Doctrina*, Editorial Cordillera, Caracas, 1959.

La revolución democrática en Venezuela. Documentos del gobierno presidido por Rómulo Betancourt 1959-1964, 4 volúmenes, Caracas, 1968.

Un hombre llamado Rómulo Betancourt. Apreciaciones críticas sobre su vida y obra, Ediciones Centauro, Caracas, 1975.

Rómulo Betancourt ideas y acción de gobierno. Antología de conceptos, 1959-1964 (selección, prólogo y notas Carlos Dorante), Ediciones Centauro, Caracas, 1987.

Rómulo Betancourt. Antología política, vol. 2 / 1936-1941 (selección, estudio preliminar y notas Patricio Soteldo, Vilma Petrash, María Teresa Romero), Fundación Rómulo Betancourt, Caracas, 1995.

Rómulo Betancourt selección de escritos políticos, 1929-1981 (compilación y estudio preliminar Naudy Suárez Figueroa), Fundación Rómulo Betancourt, Caracas, 2006.

Blanco Muñoz, Agustín: *La lucha armada. Hablan cinco jefes*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1980.

----- El portañazo, reportaje, (a propósito de su XX aniversario), *El Nacional*, Caracas, 9 de mayo de 1982.

Brett Martínez, Alí: *El portañazo. Historia de una rebelión (con un nuevo capítulo 'Los golpes contra Betancourt'*, Ediciones Adaro, Caracas, 1973.

Caballero, Manuel: *Rómulo Betancourt, político de nación*, Alfadil-Fondo de Cultura Económica, Caracas, 2004.

Caldera, Rafael: *La parábola vital de Rómulo Betancourt*, Conferencia inaugural de la Cátedra Rómulo Betancourt en la Universidad Rafael Urdaneta, Maracaibo, 19 de mayo de 1988.

Carrera Damas, Germán: *La larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia: doscientos años de esfuerzos y un balance alentador*, Contraloría General de la República, Caracas, 1998.

Castro Leiva, Luis: *Discurso de orden con motivo del XL aniversario del 23 de enero de 1958*, leído ante el Congreso Nacional de Venezuela el 23 de enero de 1998.

Constituciones de Venezuela (Las): (estudio preliminar de Allan R. Brewer Carías), UCAB-Táchira, Instituto de Estudios de Administración Local, Centro de Estudios Constitucionales- Madrid, España, 1985.

Chacón, Alfredo: *La izquierda cultural venezolana, 1958-1968. Ensayo y antología*, Editorial Domingo Fuentes, Caracas, 1970.

Chang Mota, Roberto: *Sistemas y cifras de las elecciones venezolanas desde 1958*, Consejo Supremo Electoral, Caracas, 1983.

Dávila, Luis Ricardo: *El imaginario político venezolano. Ensayo sobre el trienio octubrista, 1945-1948* (prólogo Ernesto Laclau), Alfadil, Caracas, 1992.

----- “Momentos fundacionales del imaginario democrático venezolano”, en Germán Carrera Damas et al., *Mitos políticos en las sociedades andinas. Orígenes, invenciones y ficciones*, Equinoccio-Universidad de Marne-la-Vallée-Instituto Francés de Estudios Andinos, Caracas, 2006, pp. 129-160.

Dáger, Jorge: *Testigo de excepción. En las trincheras de la resistencia, (1948-1955)*, Ediciones Centauro, Caracas, 1979.

Escovar Salom, Ramón: “La ventana de papel / Una falsa democracia”, *El Nacional*, Caracas, 2 de mayo de 1963.

Instituto Agrario Nacional: *La Reforma Agraria venezolana, 1959-1963*, Caracas, 1964.

La Ley de Reforma Agraria en las Cámaras Legislativas, 2 tomos, Publicaciones de la Secciones de Información y Prensa del Congreso Nacional, Caracas, s/f.

Las 3 divisiones de Acción Democrática. Papeles de archivo, cuadernos de divulgación histórica. Documentos que hacen historia, Ediciones Centauro, Caracas, 1987.

Liscano, J., “Carta pública al semanario ‘COMBATE’”, en *Tiempo desandado*, Ediciones del Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, Caracas, 1964.

Magallanes, Manuel Vicente: *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana*, Caracas, 1977.

Mariñas Otero, Luis: *Las Constituciones de Venezuela*, Editorial Cultura Hispánica, Madrid, 1965.

Martín, Américo: “La división del APRA una advertencia”, *La Esfera*, Caracas, 14 de marzo de 1960.

Martz, John D.: *Accion Democrática. Evolution of a Modern Political Party in Venezuela*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1966.

Mesa, Salom: *Por un caballo y una mujer (memorias)*, Vadell Hermanos Editores, Valencia, 1978.

Miguel Otero Silva escritos periodísticos (selección y prólogo Jesús Sanoja Hernández), Los Libros de El Nacional, Caracas, 1998.

Moleiro, Moisés: *El MIR de Venezuela*, Guairas, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

Pereira Alvarez, Ismael: “Desde mi rascacielo”, *El Universal*, Caracas, 7 de noviembre de 1958.

Picón-Salas, Mariano: “Rumbo y problemática de nuestra historia” (Discurso de incorporación en la Academia de la Historia, 1947), *Comprensión de Venezuela*, Caracas, 1949.

----- “Betancourt”, *Revista Política*, vol. III, No 32, Caracas, marzo de 1964.

Quijada, Ramón: *Reforma Agraria en Venezuela* (introducción Armando González), 2ª edición facsimilar, Ediciones Centauro, Caracas, 1988 (1964).

Rangel, Domingo Alberto: *Una teoría para la revolución democrática*, Editorial Arte, Caracas, 1958.

-----“La significación política de los despidos petroleros”, *La Esfera*, Caracas, 10 de marzo de 1960.

----- “Otra vez sobre los despidos petroleros”, *La Esfera*, Caracas, 31 de marzo de 1960.

Raúl Ramos Jiménez. Testimonio de una vida. Homenaje en el primer aniversario de su muerte, Imprenta del Congreso de la República, Caracas, 1974.

Rivas Rivas, José: *Las tres divisiones de Acción Democrática*, Pensamiento Vivo Editores, Caracas, 1968.

----- *Historia Gráfica de Venezuela*, volúmenes 8 y 9 / “El gobierno de Rómulo Betancourt”, Centro Editor, C.A., Caracas, 1982.

Rondón Lovera, César: *Problemas políticos de Venezuela* (prólogo Ana Luisa Llovera), Caracas, 1963.

Rosas Marcano, Jesús, *La prensa nacional y las elecciones generales de 1958*, Universidad Central de Venezuela, Instituto Venezolano de Investigaciones de Prensa, Caracas, 1961.

Sanoja Hernández, Jesús: “Liscano: Zona franca para la maniobra”, *Letra Roja*, No 4, Caracas, agosto de 1964.

----- “Para una cronología de la violencia”, *El Siglo*, Caracas, 8 de marzo de 1965.

----- *Historia electoral de Venezuela (1810-1998)*, Los Libros de El Nacional, Caracas, 1998.

----- “La democracia sobresaltada”, *Golpes de Estado en Venezuela, 1945-1992. Crónicas, testimonios, reportajes y fotografías de la época publicados en el diario El Nacional*, (introducción Jesús Sanoja Hernández; compilación, notas y cronología Albor Rodríguez), Los Libros de El Nacional, Caracas, 2001.

Soto Tamayo, Carlos: *Rómulo: Democracia con garra*, Caracas, 1986.

Suárez, Naudy: *Punto Fijo y otros puntos. Los grandes acuerdos políticos de 1958*, Fundación Rómulo Betancourt, Serie Cuadernos de Ideas Políticas, Caracas, 2006.

Velásquez, Ramón J., “Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo / El gobierno de Rómulo Betancourt, 1959-1964”, en Ramón J. Velásquez, A. Calvani et al. *Venezuela moderna. Medio siglo de historia, 1926-1976*, Editorial Ariel / Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, segunda edición 1979 (1976).

Velásquez, Ramón J., José Francisco Sucre Figarella, Blas Bruni Celli, *Betancourt en la historia venezolana del siglo XX*, Ediciones Centauro, Caracas, 1980.

Victoria democrática de Venezuela. Editoriales de la prensa mundial, Publicaciones de la Secretaria General de la Presidencia de la República, Caracas, 1964.

Publicaciones periódicas

Clarín, 1963

Combate (semanario), 1962

Crítica Contemporánea (revista bimensual), 1960-1963

Documentos (*Revista de Información Política*), 1960-1964

Diario de Debates (Cámara del Senado y de Diputados), Congreso Nacional, 1959-1964

Dominguito, 1963

La Esfera, 1958-1960

Letra Roja, 1964

El Mundo, 1958-1960

El Nacional, 1958-1962

Panorama, 1958

Qué pasa en Venezuela (semanario), 1963-1964

La Razón, 1959

Revista Política, 1959-1964

Sardío, 1960

La Semana de El Venezolano, 1963

Semanario Izquierda (Órgano del MIR), 1960

El Siglo, 1963

Tabla Redonda, 1960-1963

Tribuna Popular (Semanario del PCV), 1962

El Universal, 1958

URD, 1962

Archivos

Archivo Rómulo Betancourt, Caracas